

BIBLIOTECA CLÁSICA

***Cándido o el
optimismo***

Voltaire

n
o
v
e
l
e
s
.
c
o
m

Capítulo I

Donde se da cuenta de como fue criado Candido en una hermosa quinta, y como de ella fue echado a patadas.

En la quinta del Señor baron de Tunderten-tronck, titulo de la Vesfalia, vivia un Emancebo que habia dotado de la indole mas apacible naturaleza. Viase en su fisonomia su alma: tenia bastante sano juicio, y alma muy sensible; y por eso creo que le llamaban Candido. Sospechaban los criados antiguos de la casa, que era hijo de la hermana del señor baron, y de un honrado hidalgo, vecino suyo, con quien jamas consintio en casarse la doncella, visto que no podia probar arriba de setenta y un quarteles, porque la injuria de los tiempos habia acabado con el resto de su arbol genealogico.

Era el señor baron uno de los caballeros mas poderosos de la Vesfalia; su quinta tenia puerta y ventanas, y en la sala estrado habia una colgadura. Los perros de su casa componian una xauria quando era menester; los mozos de su caballeriza eran sus picadores, y el teniente-cura del lugar su primer capellan: todos le daban senoria, y se echaban a reir quando decia algun chiste.

La senora baronesa que pesaba unas catorce arrobas, se habia grangeado por esta prenda universal respeto, y recibia las visitas con una dignidad que la hacia aun mas respetable. Cunegunda, su hija, doncella de diez y siete anos, era rolliza, sana, de buen color, y muy apetitosa muchacha; y el hijo del baron en nada desdecia de su padre. El oraculo de la casa era el preceptor Panglos, y el chicuelo Candido escuchaba sus lecciones con toda la docilidad propia de su edad y su caracter.

Demostrado esta, decia Panglos, que no pueden ser las cosas de otro modo; porque habiendose hecho todo con un fin, no puede menos este de ser el mejor de los fines. Notese que las narices se hicieron para llevar anteojos, y por eso nos ponemos anteojos; las piernas notoriamente para las calcetas, y por eso se traen calcetas; las piedras para sacarlas de la cantera y hacer quintas, y por eso tiene Su Senoria una hermosa quinta; el baron principal de la provincia ha de estar mas bien aposentado que otro ninguno: y como los marranos nacieron para que se los coman, todo el ano comemos tocino. De suerte que los que han sustentado que todo esta bien, han dicho un disparate, porque debian decir que todo esta en el ultimo apice de perfeccion.

Escuchabale Candido con atencion, y le creia con inocencia, porque la senorita Cunegunda le parecia un dechado de lindeza, puesto que nunca habia sido osado

a decirselo. Sacaba de aqui que despues de la imponderable dicha de ser baron de Tunder-ten-tronck, era el segundo grado el de ser la senorita Cunegunda, el tercero verla cada dia, y el quarto oir al maestro Panglos, el filosofo mas aventajado de la provincia, y por consiguiente del orbe entero.

Paseandose un dia Cunegunda en los contornos de la quinta por un tallar que llamaban coto, por entre unas matas vio al doctor Panglos que estaba dando lecciones de fisica experimental a la doncella de labor de su madre, morenita muy graciosa, y no menos docil. La nina Cunegunda tenia mucha disposicion para aprender ciencias; observo pues sin pestañar, ni hacer el mas minimo ruido, las repetidas experiencias que ambos hacian; vio clara y distintamente la razon suficiente del doctor, sus causas y efectos, y se volvio desasosegada y pensativa, preocupada del anhelo de adquirir ciencia, y figurandose que podia muy bien ser ella la razon suficiente de Candido, y ser este la suya.

De vuelta a la quinta encontro a Candido, y se abochorno, y Candido se puso tambien colorado. Saludole Cunegunda con voz tremula, y correspondio Candido sin saber lo que se decia. El dia siguiente, despues de comer, al levantarse de la mesa, se encontraron detras de un biombo Candido y Cunegunda; esta dexo caer el pannelo, y Candido le alzo del suelo; ella le cogio la mano sin malicia, y sin malicia Candido estampo un beso en la de la nina, pero con tal gracia, tanta viveza, y tan tierno carino, qual no es ponderable; toparonse sus bocas, se inflamaron sus ojos, les temblaron las rodillas, y se les descarriaron las manos.... En esto estaban quando acerto a pasar por junto al biombo el senor baron de Tunder-ten-tronck, y reparando en tal causa y tal efecto, saco a Candido fuera de la quinta a patadas en el trasero. Desmayose Cunegunda; y quando volvio en si, le dio la senora baronesa una mano de azotes; y reyno la mayor consternacion en la mas hermosa y deleytosa quinta de quantas existir pueden.

Capítulo II

De lo que sucedio a Candido con los Bulgaros.

Arrojado Candido del paraiso terrenal fue andando mucho tiempo sin saber adonde se encaminaba, lloroso, alzando los ojos al cielo, y volviendolos una y mil veces a la quinta que la mas linda de las baronesitas encerraba; al fin se acosto sin cenar, en mitad del campo entre dos surcos. Caia la nieve a chaparrones, y al otro dia Candido arrecido llego arrastrando como pudo al pueblo inmediato llamado

Valdberghof-trabenk-dik-dorf, sin un ochavo en la faltriquera, y muerto de hambre y fatiga. Parose lleno de pesar a la puerta de una taberna, y repararon en el dos hombres con vestidos azules. Cantarada, dixo uno, aqui tenemos un gallardo mozo, que tiene la estatura que piden las ordenanzas. Acercaronse al punto a Candido, y le convidaron a comer con mucha cortesía. Caballeros, les dixo Candido con la mas sincera modestia, mucho favor me hacen vms., pero no tengo para pagar mi parte. Caballero, le dixo uno de los azules, los sugetos de su facha y su merito nunca pagan. ¿No tiene vm. dos varas y seis dedos? Si, senores, esa es mi estatura, dixo haciendoles una cortesía. Vamos, caballero, sientese vm. a la mesa, que no solo pagaremos, sino que no consentiremos que un hombre como vm. ande sin dinero; que entre gente honrada nos hemos de socorrer unos a otros. Razon tienen vms., dixo Candido; asi me lo ha dicho mil veces el señor Panglos, y ya veo que todo esta perfectisimo. Le ruegan que admita unos escudos; los toma, y quiere dar un vale; pero no se le quieren, y se sientan a la mesa.—¿No quiere vm. tiernamente?... Si, Senores, respondió Candido, con la mayor ternura quiero a la baronesita Cunegunda. No preguntamos eso, le dixo uno de aquellos dos senores, sino si quiere vm. tiernamente al rey de los Bulgaros. No por cierto, dixo, porque no le he visto en mi ida.—Vaya, pues es el mas amable de los reyes, ¿Quiere vm. que brindemos a su salud?—Con mucho gusto, senores; y brinda. Basta con eso, le dixerón, ya es vm. el apoyo, el defensor, el adalid y el heroe de los Bulgaros; tiene segura su fortuna, y afianzada su gloria. Echaronle al punto un grillete al pie, y se le llevaron al regimiento, donde le hicieron volverse a derecha y a izquierda, meter la baqueta, sacar la baqueta, apuntar, hacer fuego, acelerar el paso, y le dieron treinta palos: al otro dia hizo el exercicio algo menos jual, y no le dieron mas de veinte; al tercero, llevo solamente diez, y le tuvieron sus camaradas por un portento.

Atonito Candido aun no podia entender bien de que modo era un heroe. Pusosele en la cabeza un dia de primavera irse a paseo, y siguió su camino derecho, presumiendo que era prerogativa de la especie humana, lo mismo que de la especie animal, el servirse de sus piernas a su antojo. Mas apenas habia andado dos leguas, quando heteme otros quatro heroes de dos varas y tercia, que me lo agarran, me le atan, y me le llevan a un calabozo, Preguntaronle luego juridicamente si queria mas pasar treinta y seis veces por baquetas de todo el regimiento, o recibir una vez sola doce balazos en la mollera. Inutilmente alego que las voluntades eran libres, y que no queria ni una cosa ni otra, fue forzoso que escogiese; y en virtud de la dadiva de Dios que llaman libertad, se resolvió a pasar treinta y seis veces baquetas, y sufrió dos tandas. Componiase el regimiento de dos mil hombres, lo qual hizo justamente quatro mil baquetazos que de la nuca al trasero le descubrieron musculos y nervios. Iban a proceder a la tercera tanda, quando Candido no pudiendo aguantar mas pidio por favor que se le hicieran de levantarle la tapa de los sesos; y habiendo conseguido tan senalada merced, le estaban vendando los ojos,

y le hacian hincarse de rodillas, quando acerto a pasar el rey de los Bulgaros, que informandose del delito del paciente, como era este rey sugeto de mucho ingenio, por todo quanto de Candido le dixeron, echo de ver que era un aprendiz de metafisica muy bisono en las cosas de este mundo, y le otorgo el perdon con una clemencia que fue muy loada en todas las gacetas, y lo sera en todos los siglos. Un diestro cirujano curo a Candido con los emolientes que ensena Dioscorides. Un poco de cutis tenia ya, y empezaba a poder andar, quando dio una batalla el rey de los Bulgaros al de los Abaros.

Capítulo III

De que modo se libro Candido de manos de los Bulgaros, y de lo que le sucedio despues.

No habia cosa mas hermosa, mas vistosa, mas lucida, ni mas bien ordenada que ambos exercitos: las trompetas, los pifanos, los atambores, los obues y los canones formaban una harmonia qual nunca la hubo en los infiernos. Primeramente los canones derribaron unos seis mil hombres de cada parte, luego la fusileria barrio del mejor de los mundos unos nueve o diez mil bribones que inficionaban su superficie; y finalmente la bayoneta fue la razon suficiente de la muerte de otros quantos miles. Todo ello podia sumar cosa de treinta millares. Durante esta heroica carniceria, Candido, que temblaba como un filosofo, se escondio lo mejor que supo.

Mientras que hacian cantar un Te Deum ambos reyes cada uno en su campo, se resolvió nuestro heroe a ir a discurrir a otra parte sobre las causas y los efectos. Paso por encima de muertos y moribundos hacinados, y llego a un lugar inmediato que estaba hecho cenizas; y era un lugar abaro que conforme a las leyes de derecho publico habian incendiado los Bulgaros: aqui, unos ancianos acribillados de heridas contemplaban exhalar el alma a sus esposas degolladas; mas alla, daban el postrer suspiro virgenes pasadas a cuchillo despues de haber saciado los deseos naturales de algunos heroes; otras medio tostadas clamaban por que las acabaran de matar; la tierra estaba sembrada de sesos al lado de brazos y piernas cortadas.

Huyose a toda priesa Candido a otra aldea que pertenecia a los Bulgaros, y que habia sido igualmente tratada por los heroes abaros. Al fin caminando sin cesar por cima de miembros palpitantes, o atravesando ruinas, salio al cabo fuera del teatro de la guerra, con algunas cortas provisiones en la mochila, y sin olvidarse

un punto de su Cunegunda. Al llegar a Holanda se le acabaron las provisiones; mas habiendo oido decir que la gente era muy rica en este pais, y que eran cristianos, no le quedo duda de que le darian tan buen trato como el que en la quinta del señor baron le habian dado, antes de haberle echado a patadas a causa de los buenos ojos de Cunegunda la baronesita.

Pidio limosna a muchos sugetos graves que todos le dixeron que si seguia en aquel oficio, le encerrarian en una casa de correccion, para enseñarle a vivir sin trabajar. Dirigióse luego a un hombre que acababa de hablar una hora seguida en una crecida asamblea sobre la caridad, y el orador, mirandole de reojo, le dixo: ¿A que vienes aqui? ¿estas por la buena causa? No hay efecto sin causa, respondió modestamente Candido; todo esta encadenado por necesidad, y ordenado para lo mejor: ha sido necesario que me echaran de casa de la baronesita Cunegunda, y que pasara baquetas, y es necesario que mendigue el pan hasta que le pueda ganar; nada de esto podia menos de suceder. Amiguito, le dixo el orador, ¿crees que el papa es el ante-cristo? Nunca lo habia oido, respondió Candido; pero, sealo o no lo sea, yo no tengo pan que comer. Ni lo mereces, replico el otro; anda, bribon, anda, miserable, y que no te vuelva yo a ver en mi vida. Asomose en esto a la ventana la muger del ministro, y viendo a uno que dudaba de que el papa fuera el ante-cristo, le tiro a la cabeza un vaso lleno de.... ¡O cielos, a que excesos se entregan las damas por zelo de la religion!

Uno que no habia sido bautizado, un buen anabantista, llamado Santiago, testigo de la crueldad y la ignominia con que trataban a uno de sus hermanos, a un ser bipedo y sin plumas, que tenia alma, se le llevo a su casa, le limpio, le dio pan y cerbeza, y dos florines, y ademas quiso enseñarle a trabajar en su fabrica de textiles de Persia, que se hacen en Holanda. Candido, arrodillandose casi a sus plantas, clamaba: Bien decia el maestro Panglos, que todo estaba perfectamente en este mundo; porque infinitamente mas me entenece la mucha generosidad de vm., que lo que me enoja la inhumanidad de aquel señor de capa negra, y de su señora muger.

Yendo al otro dia de pasco se encontro con un pordiosero, cubierto de lepra, los ojos casi ciegos, carcomida la punta de la nariz, la boca tuerta, ennegrecidos los dientes, y el habla gangosa, atormentado de una violenta tos, y que a cada esfuerzo escupia una muela.

Capítulo IV

De que modo encontro Candido a su maestro de filosofia, el doctor Panglos, y de lo que le acontecio.

Mas que a horror movido a compasion Candido le dio a este horroroso pordiose-
ro los dos florines que de su honrado anabautista Santiago habia recibido. Mirole
de hito en hito la fantasma, y vertiendo lagrimas se le colgo al cuello. Zafose
Candido asustado, y el miserable dixo al otro miserable: ¡Ay! ¿con que no cono-
ces a tu amado maestro Panglos? ¿Que oygo? ivm., mi amado maestro! ivm. en
tan horrible estado! ¿Pues que desdicha le ha sucedido? ¿porque no esta en la mas
hermosa de las granjas? ¿que se ha hecho la senorita Cunegunda, la perla de las
doncellas, la obra maestra de la naturaleza? No puedo alentar, dixo Panglos.
Llevole sin tardanza Candido al pajar del anabautista, le dio un mendrugo de pan;
y quando hubo cobrado aliento Panglos, le pregunto: ¿Que es de Cunegunda? Es
muerta, respondio el otro. Desmayose Candido al oirlo, y su amigo le volvio a la
vida con un poco de vinagre malo que encontro acaso en el pajar. Abrio Candido
los ojos, y exclamo: ¡Cunegunda muerta! Ha perfectisimo entre los mundos,
¿adonde estas? ¿y de que enfermedad ha muerto? ¿ha sido por ventura de la pesa-
dumbre de verme echar a patadas de la soberbia quinta de su padre? No por cier-
to, dixo Panglos, sino de que unos soldados bulgaros le sacaron las tripas, despues
que la hubieron violado hasta mas no poder, habiendo roto la mollera al senor
baron que la quiso defender. La senora baronesa fue hecha pedazos, mi pobre
alumno tratado lo mismo que su hermana, y en la granja no ha quedado piedra
sobre piedra, ni troxes, ni siquiera un carnero, ni una gallina, ni un arbol; pero bien
nos han vengado, porque lo mismo han hecho los Abaros en una baronia inmedia-
ta que era de un senor bulgaro.

Desmayose otra vez Candido al oir este lamentable cuento; pero vuelto en si, y
habiendo dicho quanto tenia que decir, se informo de la causa y efecto, y de la
razon suficiente que en tan lastimosa situacion a Panglos habia puesto. ¡Ay! dixo
el otro, el amor ha sido; el amor, el consolador del humano linage, el conservador
del universo, el alma de todos los seres sensibles, el blando amor. Ha, dixo
Candido, yo tambien he conocido a ese amor, a ese arbitro de los corazones, a esa
alma de nuestra alma, que nunca me ha valido mas que un beso y veinte patadas
en el trasero. ¿Como tan bella causa ha podido producir en vm. tan abominables
efectos? Respondiole Panglos en los terminos siguientes: Ya conociste, amado
Candido, a Paquita, aquella linda doncella de nuestra ilustre baronesa; pues en sus
brazos goce los contentos celestiales, que han producido los infernales tormentos
que ves que me consumen: estaba podrida, y acaso ha muerto. Paquita debio este
don a un Franciscano instruidisimo, que habia averiguado el origen de su achaque,

porque se le habia dado una condesa vieja, la qual le habia recibido de un capitán de caballeria, que le hubo de una marquesa, a quien se le dio un page, que le cogio de un jesuita, el qual, siendo novicio, le habia recibido en linea recta de uno de los compañeros de Cristobal Colon. Yo por mi no se le dare a nadie, porque me voy a morir luego.

¡O Panglos, exclamo Candido, que raro arbol de genealogia es ese! ¿fue acaso el diablo su primer tronco? No por cierto, replico aquel varon eminente, que era indispensable cosa y necesario ingrediente del mas excelente de los mundos; porque si no hubieran pegado a Colon en una isla de America este mal que envenena el manantial de la generacion, y que a veces estorba la misma generacion, y manifiestamente se opone al principal blanco de naturaleza, no tuvieramos ni chocolate ni cochinilla; y se ha de notar que hasta el dia de hoy es peculiar de nosotros esta dolencia en este continente, no menos que la teologia escolastica. Todavia no se ha introducido en la Turquía, en la India, en la Persia, en la China, en Sian, ni en el Japon; pero razon hay suficiente para que la padezcan dentro de algunos siglos. Mientras tanto es bendicion de Dios lo que entre nosotros prospera, con particularidad en los exercitos numerosos, que constan de honrados ganapanes muy bien educados, los quales deciden la suerte de los estados, y donde se puede afirmar con certeza, que quando pelean treinta mil hombres en campal batalla contra un exercito igualmente numeroso, hay cerca de veinte mil galicosos por una y otra parte.

Portentosa cosa es esa, dixo Candido, pero es preciso tratar de curaros. ¿Y como me he de curar, amiguito, dixo Panglos, si no tengo un ochavo; y en todo este vasto globo a nadie sangran, ni le administran una lavativa, sin que pague o que alguien pague por el?

Estas ultimas razones determinaron a Candido a irse a echar a los pies de su caritativo anabautista Santiago, a quien pinto tan tiernamente la situacion a que se via reducido su amigo, que no dificulto el buen hombre en hospedar al doctor Panglos, y curarle a su costa. Esta cura no costo a Panglos mas que un ojo y una oreja. Como sabia escribir y contar con perfeccion, le hizo el anabautista su tenedor de libros. Viendose precisado a cabo de dos meses a ir a Lisboa para asuntos de su comercio, se embarco con sus dos filosofos. Panglos le explicaba de que modo todas las cosas estaban peifectisimamente, y Santiago no era de su parecer. Fuerza es, decia, que hayan los hombres estragado algo la naturaleza, porque no nacieron lobos, y se han convertido en lobos. Dios no les dio ni canones de veinte y quatro, ni bayonetas, y ellos para destruirse han fraguado bayonetas y canones. Tambien pudiera mentar las quiebras, y la justicia que embarga los bienes de los fallidos para frustrar a los acreedores. Todo eso era indispensable, replico el doctor tuerto, y de los males individuales se compone el bien general; de suerte

que quanto mas males particulares hay, mejor esta el todo. Mientras estaba argumentando, se obscurecio el cielo, soplaron furiosos los vientos de los quatro angulos del mundo, y a vista del puerto de Lisboa fue embutido el navio de la tormenta mas hermosa.

Capítulo V

De una tormenta, un naufragio, y un terremoto. De los sucesos del doctor Panglos, de Candido, y de Santiago el anabautista.

Sin fuerza y medio muertos la mitad de los pasajeros con las imponderables bascas que causa el balance de un navio en los nervios y en todos los humores que en opuestas direcciones se agitan, ni aun para temer el riesgo tenian animo: la otra mitad gritaba y rezaba; estaban rasgadas las velas, las xarcias rotas, y abierta la nave: quien podia trabajaba, nadie se entendia, y nadie mandaba. Algo ayudaba a la faena el anabautista, que estaba sobre el combes, quando un furioso marinero le pega un fiero embion, y le derriba en las tablas; pero fue tanto el esfuerzo que al empujarle hizo, que se cayo de cabeza fuera del navio, y se quedo colgado y agarrado de una porcion del mastil roto. Acudio el buen Santiago a socorrerle, y le ayudo a subir; pero con la fuerza que para ello hizo, se cayo en la mar a vista del marinero que le dexo ahogarse, sin dignarse siquiera de mirarle. Candido que se acerca, y ve a su bienhechor que viene un instante sobre el agua, y que se hunde para siempre, se quiere tirar tras de el al mar; pero le detiene el filosofo Panglos, demostrandole que habia sido criada la cala de Lisboa con destino a que se ahogara en ella el anabautista. Probandolo estaba a priori, quando se abrio el navio, y todos perecieron, menos Panglos, Candido, y el desalmado marinero que habia ahogado al virtuoso anabautista; que el bribon salio a salvamento nadando hasta la orilla, donde aportaron Candido y Panglos en una tabla.

Asi que se recobraron un poco del susto y el cansancio, se encaminaron a Lisboa. Llevaban algun dinero, con el qual esperaban librarse del hambre, despues de haberse zafado de la tormenta. Apenas pusieron los pies en la ciudad, lamentandose de la muerte de su bien-hechor, la mar embatio bramando el puerto, y arrebató quantos navios se hallaban en el anclados; se cubrieron calles y plazas de torbellinos de llamas y cenizas; hundianse las casas, caian los techos sobre los cimientos, y los cimientos se dispersaban, y treinta mil moradores de todas edades y sexos eran sepultados entre ruinas. El marinero tarareando y votando decia: Algo ganaremos con esto. ¿Qual puede ser la razon suficiente de este fenomeno?

decía Panglos; y Candido exclamaba: Este es el día del juicio final. El marinero se metió sin detenerse en medio de las ruinas, arrojando la muerte por buscar dinero, con el que encontró se fue a emborrachar; y después de haber dormido la borrachera, compró los favores de la ramera que topó primero, y que se dio a él entre las ruinas de los desplomados edificios, y en mitad de los moribundos y los cadáveres, puesto que Panglos le tiraba de la casaca, diciéndole: Amigo, eso no es bien hecho, que es pecar contra la razón universal, porque ahora no es ocasión de holgarse. Por vida del Padre Eterno, respondió el otro, yo soy marinero, y nacido en Batavia; cuatro veces he pisado el crucifijo en cuatro viajes que tengo hechos al Japón. Pues no vienes mal ahora con tu razón universal.

Candido, que la caída de unas piedras había herido, tendido en el suelo en mitad de la calle, y cubierto de ruinas, clamaba a Panglos: ¡Ay! traeme un poco de vino y aceite, que me muero. Este temblor de tierra, respondió Panglos, no es cosa nueva: el mismo azote sufrió Lima años pasados; las mismas causas producen los mismos efectos; sin duda que hay una veta de azufre subterránea que va de Lisboa a Lima. Verosímil cosa es, dijo Candido; pero, por Dios, un poco de aceite y vino. ¿Como verosímil? replicó el filósofo, pues yo sustentare que esta demostrada. Candido perdió el sentido, y Panglos le llevó un trago de agua de una fuente inmediata.

Habiendo hallado el siguiente día algunos manjares metiéndose por entre los escombros, cobraron algunas fuerzas, y trabajaron luego, a ejemplo de los demás, en alivio de los habitantes que de la muerte se habían librado. Algunos vecinos que habían socorrido les dieron la menos mala comida que en tamaño desastre se podía esperar: verdad es que fue muy triste el banquete; los convidados banaban el pan en llantos, pero Panglos los consolaba sustentando que no podían suceder las cosas de otra manera; porque todo esto, decía, es lo mejor que hay; porque si hay un volcán en Lisboa, no podía estar en otra parte; porque no es posible que no estén las cosas donde están; porque todo está bien.

Un hombrecito vestido de negro, familiar de la inquisición, que junto a él estaba sentado, interrumpió muy cortesmente, y le dijo: Sin duda, caballero, que no cree usted en el pecado original; porque, si todo está perfecto, no ha habido pecado ni castigo.

Perdoneme Vueselencia, le respondió con más cortesía Panglos, porque la caída del hombre y su maldición hacían parte necesaria del más excelente de los mundos posibles. ¿Según eso este caballero no cree que seamos libres? dijo el familiar. Otra vez ha de perdonar Vueselencia, replicó Panglos, porque puede subsistir la libertad con la necesidad absoluta; porque era necesario que fuéramos libres; porque finalmente la voluntad determinada.... En medio de la frase estaba

Panglos, quando hizo el familiar una sena a su secretario que le escanciaba vino de Porto o de Oporto.

Capítulo VI

Del magnifico auto de fe que se hizo para que cesara el terremoto, y de los doscientos azotes que pegaron a Candido.

Pasado el terremoto que habia destruido las tres quartas partes de Lisboa, el mas eficaz medio que ocurrio a los sabios del pais para precaver una total ruina, fue la fiesta de un soberbio auto de fe, habiendo decidido la universidad de Coimbra que el espectaculo de unas quantas personas quemadas a fuego lento con toda solemnidad es infalible secreto para impedir los temblores de tierra. Habian sido presos por tanto un Vizcayno que estaba convicto de haberse casado con su comadre, y dos Portugueses que se habian comido un pollo un viernes, y la olla sin tocino un sabado; y despues de comer se llevaron atados al doctor Panglos y su discipulo Candido, al uno por lo que habia dicho, y al otro por haberle escuchado con ademán de aprobar lo que decia. Pusieronlos separados en unos aposentos muy frescos, donde nunca incomodaba el sol, y de alli a ocho dias los vistieron de un sanbenito, y les engalanaron la cabeza con unas mitras de papel: la corozca y el sanbenito de Candido llevaban llamas boca abaxo, y diablos sin garras ni rabo; pero los diablos de Panglos tenian rabo y garras, y las llamas ardian hacia arriba. Asi vestidos salieron en procesion, y oyeron un sermon muy tierno, al qual se siguió una bellissima musica en fabordon. A Candido, mientras duro el canto, le pegaron doscientos azotes a compas; al Vizcayno y a los dos que habian comido la olla sin tocino los quemaron, y Panglos fue ahorcado, aunque no era estilo. Aquel mismo dia, temblo la tierra con un furor espantable.

Candido atonito, desatentado, confuso, ensangrentado y palpitante, decia entre si: ¿Si este es el mejor de los mundos posibles, como seran los otros? Vaya con Dios, si no hubieran hecho mas que espolvorearme las espaldas, que ya los Bulgaros me habian hecho el mismo agasajo. Pero tu, caro Panglos, el mayor de los filosofos, ¿porque te he visto ahorcar, sin saber por que? O mi amado anabautista, tu que eras el mejor de los hombres, ¿porque te has ahogado en el puerto? Y tu, baronesa Cunegunda, perla de las ninas, ¿porque te han sacado el redano? Volviase diciendo esto a su casa, sin poderse tener en pie, predicado, azotado, absuelto, y bendito, quando se le acerco una vieja que le dixo: Hijo mio, ten buen animo, y sigueme.

Capítulo VII

Que cuenta como una vieja remedio las cuitas de Candido, y como topo este con su dama.

No cobro animo Candido, pero siguio a la vieja a una ruin casucha, donde le dio su conductora un bote de pomada para untarse, y le dexo de comer y de beber; luego le enseno una camita muy aseada, y al lado de la cama un vestido completo: Come, hijo, bebe y duerme, le dixo, y Nuestra Senora de Atocha, el señor San Antonio de Padua, y el señor Santiago de Compostela se queden contigo: manana volvere. Confuso Candido con todo quanto habia visto, y quanto habia padecido, y inas todavia con la caridad de la vieja, le quiso besar la mano. No es mi mano la que has de besar, le dixo la vieja; manana volvere. Untate con la pomada, come y duerme.

No obstante sus muchas desventuras, comio y durmio Candido. Al otro dia le trae la vieja de almorzar, le visita las espaldas, se las estriega con otra pomada, y luego le trae de comer: a la noche vuelve, y le trae que cenar. El tercer dia fue la misma ceremonia. ¿Quien es vm.? le decia Candido; ¿quien le ha inspirado tanta bondad? ¿como puedo darle dignas gracias? La buena senora nunca respondia palabra, pero volvio aquella noche, y no traxo que cenar. Ven conmigo, le dixo, y no chistes; y diciendo esto agarro a Candido del brazo, y echo a andar con el por el campo. A cosa de medio quarto de legua que hubieron andado, llegaron a una casa sola, cercada de canales y jardines. Llama la vieja a un postigo: abren, y lleva a Candido por una escalera secreta a un gabinete dorado, donde le dexa sobre un canape de terciopelo, cierra la puerta, y se marcha. A Candido se le figuraba que sonaba, teniendo su vida entera por un sueno funesto, y el momento actual por un sueno delicioso.

Presto volvio la vieja, sustentando con dificultad del brazo a una muger que venia toda tremula, de magestuosa estatura, cubierta de piedras preciosas, y tapada con un velo. Alza ese velo, dixo a Candido la vieja. Arrimase el mozo, y alza con mano timida el velo. ¡Que instante! ¡que pasmo! cree que esta viendo a su baronesita, a su Cunegunda; y asi era la verdad, porque era ella propia. Faltale el aliento, no puede articular palabra, y cae desmayado a sus plantas. Cunegunda se cae sobre el canape: la vieja los inunda en aguas de olor; vuelven en si, se hablan; primero en voces interrumpidas, en preguntas y respuestas que no se dan vado unas a otras, en suspiros, lagrimas y gritos. La vieja, recomendandoles que metan menos bulla, los dexa libres. ¡Con que es vm., dice Candido! ¡con que la veo en Portugal, y no ha sido violada, y no le han pasado de parte a parte las entranas, como me habia dicho el filosofo Panglos! Si tal, replico la hermosa Cunegunda, pero no siempre

son mortales esos accidentes. —¿Y han sido muertos el padre y la madre de vm.?—Por mi desgracia, si, respondió llorando Cunegunda.—¿Y su hermano?—Mi hermano tambien.—¿Pues porque esta vm. en Portugal? ¿como ha sabido que tambien yo lo estaba? ¿porque raro acaso me ha hecho venir a esta casa? Todo lo dire, replico la dama; pero antes es forzoso que me diga vm. quantos sucesos le han pasado desde el inocente beso que me dio, y las patadas con que se le hicieron pagar.

Obedecio Candido con profundo respeto; y puesto que estaba confuso, que tenia tremula y flaca la voz, y que aun le dolia no poco el espinazo, conto con la mayor ingenuidad quanto desde el punto de su separacion habia padecido. Alzaba Cunegunda los ojos al cielo, y vertio tiernas lagrimas por la muerte del buen anabautista y de Panglos; hablo despues como sigue a Candido, el qual no perdio una palabra, y se la comia con los ojos.

Capítulo VIII

Historia de Cunegunda.

Durmiendo a pierna suelta estaba en mi cama, quando plugo al cielo que entraran los Bulgaros en nuestra soberbia quinta de Tunder-ten-tronck, y degollaran a mi padre y a mi hermano, e hiciesen tajadas a mi madre. Un pazguato de Bulgaro de dos varas y tercia, viendo que habia yo perdido los sentidos con esta escena, se puso a violarme; con lo qual volvi en mi, y empecé a morder, a arañar, y a querer sacar los ojos al Bulgarote, no sabiendo que era cosa de estilo quanto en la quinta de mi padre estaba pasando; pero me dio el belitre una cuchillada junto a la teta izquierda, que todavia me queda la senal. Ha, espero que me la enseñara vm., dixo el ingenuo Candido. Ya la vera vm., dixo Cunegunda, pero sigamos el cuento. Siga vm., replico Candido.

Anudo pues asi el hilo de su historia Cunegunda: Entro un capitan bulgaro, que me vio llena de sangre, debaxo del soldado que no se incomodaba; y enojado del poco respeto que le tenia el malandrín, le mato encima de mi: hizome luego poner en cura, y me llevo prisionera de guerra a su guarnicion. Alli lavaba las pocas camisas que el tenia, y le guisaba la comida; el decia que era yo muy bonita, y tambien he de confesar que era muy lindo mozo, y que tenia la carne suave y blanca, pero poco entendimiento, y menos filosofia: y a tiro de ballesta se echaba de ver que no le habia educado el doctor Panglos. A cabo de tres meses perdio todo

quanto dinero tenia, y no curandose mas de mi, me vendio a un Judio llamado Don Isacar, que tenia casa de comercio en Holanda y en Portugal, y se perdia por mugeres. Prendose mucho de mi el tal Judio, pero nada pudo conseguir, que me he resistido a el mas bien que al soldado bulgaro; porque una honrada muger bien puede ser violada una vez, pero con ese mismo contratiempo se fortalece su virtud. El Judio para domesticarme me ha traído a la casa de campo que vm. ve. Hasta ahora habia creído que no habia en la tierra mansion mas hermosa que la granja de Tunder-ten-tronck, pero ya estoy desengañada de mi error.

El inquisidor general me vio un dia en misa, no me quito los ojos de encima, y me mando a decir que me tenia que hablar de un asunto secreto. Llevaronme a su palacio, y yo le dixé quien eran mis padres. Representome entonces quanto desdecia de mi nobleza el pertenecer a un israelita. Su Ilustrisima propuso a Don Isacar que le hiciera cesion de mi; y este, que es banquero de palacio y hombre de mucho poder, nunca tal quiso consentir. El inquisidor le amenazo con un auto de fe. Al fin atemorizado mi Judio hizo un ajuste en virtud del qual la casa y yo habian de ser de ambos de mancomun; el Judio se reservo los lunes, los miercoles y los sabados, y el inquisidor los demas dias de la semana. Seis meses ha que subsiste este convenio, aunque no sin frecuentes contiendas, porque muchas veces han disputado sobre si la noche de sabado a domingo pertenecia a la ley antigua, o a la ley de gracia. Yo empero a entrambas leyes me lie resistido hasta ahora, y por este motivo pienso que me quieren tanto. Finalmente, por conjurar la plaga de los terremotos, y por poner miedo a Don Isacar, le plugo al Ilustrisimo señor inquisidor celebrar un auto de fe. Honrome convidandome a la fiesta; me dieron uno de los mejores asientos, y se sirvieron refrescos a las señoras en el intervalo de la misa y el suplicio de los ajusticiados. Confieso que estaba sobrecogida de horror de ver quemar a los dos Judios, y al honrado Vizcayno casado con su comadre; pero ique asombro, que confusion y que susto fue el mio quando vi con un sambenito y una coraza una cara parecida a la de Panglos! Estregueme los ojos, mire con atencion, le vi ahorcar, y me e medio cuerpo: alli fue el cumulo de mi horror, mi consternacion, mi desconsuelo, y mi desesperacion. Digo de verdad que la cutis de vm. es mas blanca y mas encarnada que la de mi capitán de Bulgaros; y esta vista aumento todos los afectos que abrumada y consumida me tenian. A dar gritos iba, ya decir: deteneos, inhumanos; pero me faltó la voz, y habrian sido en balde mis gritos. Quando os hubieron azotado a su sabor, decia yo entre mi: ¿Como es posible que se encuentren en Lisboa el amable Candido y el sabio Panglos; uno para llevar doscientos azotes, y otro para ser ahorcado por orden del ilustrisimo Señor inquisidor que tanto me ama? ¡Que cruelmente me engañaba Panglos, quando me decia que todo era perfectisimo!

Agitada, desatentada, fuera de mi unas veces, y muriendome otras de pesar, tenia preocupada la imaginacion con la muerte de mi padre, mi madre y mi hermano,

con la insolencia de aquel soez soldado bulgaro, con la cuchillada que me dio, con mi oficio de lavandera y cocinera, con mi capitán bulgaro, con mi sucio Don Isacar, con mi abominable inquisidor, con la horca del doctor Panglos, con aquel gran miserere en fabordon durante el qual le dieron a vm. doscientos azotes, y mas que todo con el beso que di a vm. detras del biombo la ultima vez que nos vimos. Di gracias a Dios que nos volvía a reunir por medio de tantas pruebas, y encargue a mi vieja que cuidase de vm., y me le traxese luego que fuese posible. Ha desempenado muy bien mi encargo, y he disfrutado el imponderable gusto de volver a ver a vm., de oírle, y de hablarle. Sin duda que debe tener una hambre canina, yo tambien, tengo buenas ganas, con que cenemos antes de otra cosa.

Sentaronse pues ambos a la mesa, y despues de cenar se volvieron al hermoso canape de que ya he hablado. Sobre el estaban, quando llego el señor Don Isacar, uno de los dos amos de casa; que era sabado, y venia a gozar sus derechos, y explicar su rendido amor.

Capítulo IX

Prosiguen los sucesos de Cunegunda, Candido, el Inquisidor general, y el Judío.

Era el tal Isacar el hebreo mas vinagre que desde la cautividad de Babilonia se habia visto en Israel. ¿Que es esto, dixo, perra Galilea? ¿con que no te basta con el señor inquisidor, que tambien ese chulo entra a la parte conmigo? Al decir esto saca un punal buido que siempre llevaba en el cinto, y creyendo que su contrario no traía armas, se tira a el. Pero la vieja habia dado a nuestro buen Vesfaliano una espada con el vestido completo que hemos dicho: desenvaynola Candido, y derribo en el suelo al Israelita muerto, puesto que fuese de la mas mansa indole.

¡Virgen Santisima! exclamo la hermosa Cunegunda; ¿que sera de nosotros? ¡Un hombre muerto en mi casa! Si viene la justicia, soy perdida. Si no hubieran ahorcado a Panglos, dixo Candido, el nos daría consejo en este apuro, porque era eminente filosofo; pero pues el nos falta, consultemos con la vieja. Era esta muy discreta, y empezaba a decir su parecer, quando abrieron otra puertecilla. Era la una de la noche; habia ya principiado el domingo, dia que pertenecía al señor inquisidor. Al entrar este ve al azotado Candido con la espada en la mano, un muerto en el suelo, Cunegunda asustada, y la vieja dando consejos.

En este instante le ocurrieron a Candido las siguientes ideas, y discurrio asi: Si pide auxilio este varon santo, infaliblemente me hara quemar, y otro tanto podra hacer a Cunegunda; me ha hecho azotar sin misericordia, es mi contrincante, y yo estoy de vena de matar; pues no hay que detenerse. Fue este discurso tan bien hilado como pronto; y sin dar tiempo a que se recobrase el inquisidor del primer susto, le paso de parte a parte de una estocada, y le dexo tendido cabe el Judio. Buena la tenemos, dixo Cunegunda: ya no hay remision; estamos excomulgados, y es llegada nuestra ultima hora. ¿Como ha hecho vm., siendo de tan suave condicion, para matar en dos minutos a un prelado y a un Judio? Hermosa senorita, respon-dio, quando uno esta enamorado, zeloso, y azotado por la inquisicion, no sabe lo que se hace.

Rompio entonces la vieja el silencio, y dixo: En la caballeriza hay tres caballos andaluces con sus sillas y frenos; ensillelos el esforzado Candido; esta senora tiene moyadores y diamantes; montemos a caballo, y vamos a Cadiz, puesto que yo no me puedo sentar mas que sobre una nalga. El tiempo esta hermosisimo, y da contento caminar con el fresco de la noche.

Ensillo volando Candido los tres caballos, y Cunegunda, el, y la vieja anduvieron diez y seis leguas sin parar. Mientras que iban andando, vino a la casa de Cunegunda la santa hermandad, enterraron a Su Ilustrisima en una suntuosa iglesia, y a Isacar le tiraron a un muladar.

Ya estaban Candido, Cunegunda y la vieja en la villa de Aracena, en mitad de los montes de Sierra-Morena, y decian lo que sigue en un meson.

Capítulo X

De la triste situacion en que, se vieron Candido, Cunegunda y la vieja; de su arribo a Cadiz, y como se embarcaron para America.

¿Quién me habra robado mis doblones y mis diamantes? decia llorando Cunegunda; ¿como hemos de vivir? ¿que hemos de hacer? ¿donde he de hallar inquisidores y Judios que me den otros? ¡Ay! dixo la vieja, mucho me sospecho de un reverendo padre Franciscano que ayer durmio en Badajoz en nuestra posada. Libreme Dios de hacer juicios temerarios; pero el dos veces entro en nuestro cuarto, y se fue mucho antes que nosotros. Ha, dixo Candido, muchas veces me ha probado el buen Panglos que los bienes de la tierra son comunes de todos, y cada uno tiene igual derecho a su posesion. Conforme a estos principios, nos habia de haber dexado el padre para acabar nuestro camino. ¿Con que no te queda nada, hermosa Cunegunda? Ni un maravedi, respondió esta. ¿Y que nos haremos? exclamo Candido. Vendamos uno de los caballos, dixo la vieja; yo montare a las ancas de el de la senorita, puesto que no me puedo sentar mas que sobre una nalga, y asi llegaremos a Cadiz.

En el mismo meson habia un prior de Benitos, que compro barato el caballo. Candido, Cunegunda y la vieja atravesaron a Lucena, a Cilla, y a Lebrixa, y llegaron en fin a Cadiz, donde estaban armando una esquadra para poner en razon a los reverendos padres jesuitas del Paraguay, que habian excitado a uno de sus aduares de Indios contra los reyes de Espana y Portugal, cerca de la colonia del Sacramento. Candido, que habia servido en la tropa bulgara, hizo a presencia del general de aquel pequeno exercito el exercicio a la bulgara con tanto donayre, ligereza, mana, agilidad y desembarazo, que le dio este el mando de una compania de infanteria. Hetele pues capitán; con esta graduacion se embarco en compania de su Cunegunda, de la vieja, de dos criados, y de los dos caballos andaluces que habian sido del señor inquisidor general de Portugal.

En la travesia discurrieron largamente cerca de la filosofia del pobre Panglos. Vamos a otro mundo, decia Candido, y sin duda que en el es donde todo esta bien; porque en este nuestro hemos de confesar que hay sus defectillos en lo fisico y en lo moral. Yo te quiero con toda mi alma, decia Cunegunda; pero todavia llevo el corazon traspasado con lo que he visto, y lo que he padecido. Todo ira bien, replico Candido; ya el mar de este nuevo mundo vale mas que nuestros mares de Europa, que es mas bonancible, y los vientos son mas constantes: no cabe duda de que el nuevo mundo es el mejor de los mundos posibles. Plega a Dios, dixo Cunegunda; pero tan horrorosas desgracias han pasado por mi en el mio, que apenas si queda en mi corazon resquicio de esperanza. Vms. se quejan, les dixo la

vieja; pues sepan que no han experimentado desventuras como las mias. Sonriose Cunegunda del disparate de la buena muger que se alababa de ser mas desdichada que ella. ¡Ay! le dixo, madre, a menos que haya vm. sido violada por dos Bulgaros, que le hayan dado dos cuchilladas en la barriga, que hayan demolido dos de sus granjas, que hayan degollado en su presencia dos padres y dos madres de vm., y que haya visto a dos de sus amantes azotados en un auto de fe, no se como pueda haber corrido mayores borrascas: sin contar que he nacido baronesa con setenta y dos quarteles en mi escudo de armas, y he sido cocinera. Senorita, replico la vieja, vm. no sabe qual ha sido mi cuna; y si le enseñara mi trasero, no hablaria del modo que habla, y suspenderia el juicio. Excito esta replica fuerte curiosidad en los animos de Candido y Cunegunda, y la vieja la satisfizo en las siguientes razones.

Capítulo XI

Que cuenta la historia de la vieja

No siempre he tenido yo los ojos laganosos y ribeteados de escarlata; no siempre se ha tocado mi barba con mis narices, ni he sido siempre criada de servicio. Soy hija del papa Urbano X y la princesa de Palestrina. Hasta que tuve catorce anos, me criaron en un palacio al qual no hubieran podido servir de caballeriza todas las quintas de barones tudescos, y era mas rico uno de mis trages que todas las magnificencias de la Vesfalia. Crecia en gracia, en talento y beldad, en medio de gustos, respetos y esperanzas, y ya inspiraba amor. Formabase mi pecho; pero ¡que pecho! blanco, duro, de la forma del de la ve nus de Medicis; ¡y que ojos! ¡que pestañas! ¡que negras cejas! ¡que llamas salian de las ninas de mis ojos, que eclipsaban el resplandor de los astros, segun decian los poetas de mi barrio! Las doncellas que me desnudaban y me vestian se quedaban absortas quando me contemplaban por detras y por delante; y todos los hombres se hubieran querido hallar en su lugar.

Celebraronse mis desposorios con un principe soberano de Masa-Carrara. ¡Dios mio! ¡que principe! tan lindo como yo; ayroso, y de la condicion mas blanda, del mas agudo ingenio, y perdido por mi de amores: yo le amaba como quien quiere por la vez primera, esto es que le idolatraba. Dispusieronse las bodas con pompa y magnificencia nunca vista: todo era fiestas, torneos, operas bufas; y en toda Italia se hicieron sonetos en mi elogio, de los quales ninguno hubo que no fuera rematado de malo. Ya rayaba la aurora de mi felicidad, quando una marquesa

vieja, a quien habia cortejado mi principe, le convido a tomar chocolate con ella, y el desventurado murio al cabo de dos horas en horribles convulsiones; pero esto es friolera para lo que falta. Desesperada mi madre, puesto que mucho menos desconsolada que yo, quiso perder de vista por algun tiempo esta funesta mansion. Teniamos una hacienda muy pingue en las inmediaciones de Gaeta, y nos embarcamos para este puerto en una galera del pais, dorada como el altar de San Pedro en Roma. Hete aqui un pirata de Sale que nos da caza y nos aborda: nuestros soldados se defendieron como buenos soldados del papa, es decir que tiraron las armas y se hincaron de rodillas, pidiendo al pirata la absolucion in articulo mortis.

En breve los desnudaron de pies a cabeza, y lo mismo hicieron con mi madre, con nuestras doncellas, y conmigo. Cosa portentosa es de ver con que presteza desnudan estos caballeros a la gente; pero lo que mas extrane, fue que a todos nos metieron el dedo en un sitio donde nosotras las mugeres no estamos acostumbradas a meter mas que canutos de xeringa. Pareciome muy rara esta ceremonia; que asi falla de todo el que no ha salido de su pais: mas luego supe que era por ver si en aquel sitio habiamos escondido algunos diamantes, y que es estilo establecido de tiempo inmemorial en las naciones civilizadas que andan barriendo los mares, y que los senores religiosos caballeros de Malta nunca le omiten quando apresan a Turcos o Turcas, porque es ley del derecho de gentes, que nunca ha sido quebrantada.

No dire si fue cosa dura para una princesa joven que la llevaran cautiva a Marruecos con su madre; bien se pueden vms. figurar quanto padeceriamos en el navio pirata. Mi madre todavia era muy hermosa; nuestras camareras, y hasta nuestras meras criadas eran mas lindas que quantas mugeres pueden hallarse en el Africa toda; y yo era un embeleso, el epilogo de la beldad y la gracia, y era doncella; pero no lo fui mucho tiempo, que el arraez del barco me robo la flor que estaba destinada para el precioso principe de Masa-Carrara. Este arraez era un negro abominable, que creia que me honraba con sus caricias. Sin duda la princesa de Palestrina y yo debiamos de ser muy robustas, quando resistimos a todo quanto pasamos hasta llegar a Marruecos. Pero vernos adelante, que son cosas tan comunes que no merecen mentarse siquiera.

Quando llegamos, corrian rios de sangre por Marruecos; cada uno de los cincuenta hijos del emperador Muley-Ismael tenia su partido aparte, lo qual componia cincuenta guerras civiles distintas de negros contra negros, de negros contra moros, de moros contra moros, de mulatos contra mulatos; y todo el ambito del imperio era una continua carniceria.

Apenas hubimos desembarcado, acudieron unos negros de una facción enemiga de la de mi pirata para quitarle el botín. Después del oro y los diamantes, la cosa de más precio que habíamos eramos nosotras; y presencié un combate que nunca se ve igual en nuestros climas europeos, porque no tienen los pueblos septentrionales tan ardiente la sangre, ni es en ellos la pasión a las mujeres lo que es entre los Africanos. Parece que los Europeos tienen leche en las venas, mientras que por las de los moradores del monte Atlante y países inmediatos corre fuego y pólvora. Pelearon con la furia de los leones, los tigres, y las sierpes de la comarca, para saber quien había de ser dueño nuestro. Agarré un moro de mi madre por el brazo derecho, el teniente del barco la tiro hacia el por el izquierdo; un soldado moro la cogió de una pierna, y uno de los piratas asió de la otra; y casi todas nuestras doncellas se encontraron en un momento tiradas de cuatro soldados. Mi capitán se había puesto delante de mí, y blandiendo la cimitarra daba la muerte a quantos a su furor se oponían. Finalmente vi a todas nuestras Italianas y a mi madre estropeadas, acribilladas de heridas, y hechas tajadas por los monstruos que batallaban por su posesión; mis compañeros cautivos, los que los habían cautivado, soldados, marineros, negros, blancos, mestizos, mulatos, y mi capitán en fin, todos fueron muertos, y yo quedé moribunda encima de un montón de cadáveres. Las mismas escenas se repetían, como es sabido, en un espacio de más de trescientas leguas, sin que nadie faltase a las cinco oraciones al día que manda Mahoma.

Zafeme con mucho trabajo de tanta multitud de sangrientos cadáveres amontonados, y llegué arrastrando al pie de un naranjo grande que había a orillas de un arroyo inmediato: allí me caí rendida del susto, del cansancio, del horror, de la desesperación, y del hambre. En breve mis sentidos postrados se entregaron a un sueño que más que sosiego era letargo. En este estado de insensibilidad y flaqueza estaba entre la vida y la muerte, cuando me sentí comprimida por una cosa que bullía sobre mi cuerpo; y abriendo los ojos, vi a un hombre blanco y de buena traza, que suspirando decía entre dientes: *O che sciagura d'essere senza cogl....*

Capítulo XII

Donde prosigue la historia de la vieja.

Atonita quanto alborozada de oír el idioma de mi patria, extranando empero las palabras que decía aquel hombre, le respondí que mayores desgracias había que el desmán de que se lamentaba, informándole en pocas razones de los horrores que había sufrido; después de esto me volví a desmayar. Llévome a una casa inmedia-

ta, hizo que me metieran en la cama, y me dieran de comer, me sirvió, me consoló, me halago, me dixo que no habia visto en su vida criatura mas hermosa, ni habia nunca sentido mas que le faltara lo que nadie podia suplir. Naci en Napoles, me dixo, donde capan todos los anos dos o tres mil chiquillos: unos se mueren, otros sacan mejor voz que las mugeres, y otros van a gobernar estados. Me hicieron la operacion susodicha con suma felicidad, y he sido musico de la capilla de la senora princesa de Palestrina. ¡De mi madre! exclame. ¡De su madre de vm.! exclamo el llorando. ¡Con que es vm. aquella princesita que crie yo hasta que tuvo seis anos, y daba nuestras de ser tan hermosa como es vm.!—Esa misma soy, y mi madre esta quatrocientos pasos de aqui, hecha tajadas, baxo un monton de cadaveres..... Contele entonces quanto me habia sucedido, y el tambien me dio cuenta de sus aventuras, y me dixo que era ministro plenipotenciario de una potencia cristiana cerca del rey de Marruecos, para firmar un tratado con este monarca, en virtud del qual se le subministraban navios, canones y polvora, para ayudarle a exterminar el comercio de los demas cristianos. Ya esta desempeñada mi comision, anadio el honrado eunuco, y me voy a embarcar a Ceuta, de donde la llevaré a vm. a Italia. Ma che sciagura, d'essere senza cogl....

Dile las gracias vertiendo tiernas lagrimas; y en vez de llevarme a Italia, me conduxo a Argel, y me vendio al Dey. Apenas me habia vendido, se manifesto en la ciudad con toda su furia aquella peste que ha dado la vuelta por Africa, Europa y Asia. Senorita, vm. ha visto temblores de tierra, pero ¿ha padecido la peste? Nunca, respondió la baronesa.

Si la hubiera padecido, confesaria vm. que no tienen comparacion los terremotos con ella, puesto que es muy frequente en Africa, y que yo la he pasado. Figurese vm. que situacion para la hija de un papa, de quince anos de edad, que en el espacio de tres meses habia sufrido pobreza y esclavitud, habia sido violada casi todos los dias, habia visto hacer quatro pedazos a su madre, habia padecido las plagas de la guerra y la hambre, y se moria de la peste en Argel. Verdad es que no me mori; pero perecio mi eunuco, el Dey, y el serrallo casi todo.

Quando calmo un poco la desolacion de esta espantosa peste, vendieron a los esclavos del Dey. Comprome un mercader que me llevo a Tunez, donde me vendio a otro mercader, el qual me revendio en Tripoli; de Tripoli me revendieron en Alexandria; de Alexandria en Esmyrna, y de Esmyrna en Constantinopla: al cabo vine a parar a manos de un aga de genizaros, que en breve tuvo orden de ir a defender a Azof contra los Rusos que la tenian sitiada.

El aga, hombre de mucho merito, se llevo consigo todo su serrallo, y nos alojó en un fortin sobre la laguna Meotides, a la guarda de dos eunucos negros y veinte soldados. Fueron muertos millares de Rusos, pero no nos quedaron a deber nada:

Azof fue entrada a sangre y fuego, y no se perdono edad ni sexo: solo quedo nuestro fortin, que los enemigos quisieron tomar por hambre. Los veinte genizaros juraron no rendirse; los apuros del hambre a que se vieron reducidos, los forzaron a comerse a los dos eunucos, por no faltar al juramento; y al cabo de pocos dias se resolvieron a comerse las mugeres.

Teniamos un iman, varon muy pio y caritativo, que les predico un sermon eloquente, exhortandolos a que no nos mataran del todo. Cortad, dixo, una nalga a cada una de estas senoras, con la qual os regalareis a vuestro sabor; si es menester, les cortareis la otra dentro de algunos dias: el cielo remunerara obra tan caritativa, y recibireis socorro. Como era tan eloquente, los persuadio, y nos hicieron tan horrorosa operacion. Pusonos el iman el mismo unguento que se pone a las criaturas recien circuncidadas, y todas estabamos a punto de muerte.

Apenas habian comido los genizaros la carne que nos habian quitado, desembarcaron los Rusos en unos barcos chatos, y no se escapo con vida ni siquiera un genizaro: los Rusos no pararon la consideracion en el estado en que nos hallabamos. En todas partes se encuentran cirujanos franceses; uno que era muy habil nos tomo a su cargo, y nos curo: y toda mi vida me acordare de que, asi que se cerraron mis llagas, me requesto de amores. Nos exhorto luego a tener paciencia, afirmandonos que lo mismo habia sucedido en otros muchos sitios, y que esa era la ley de la guerra.

Luego que pudieron andar mis companeras, las conduxeron a Moscou, y yo cupe en suerte a un boyardo que me hizo su hortelana, y me daba veinte zurriagazos cada dia. A cabo de dos anos fue desquartzado este senor, por no se que tracamundana de palacio; y aprovechandome de la ocasion, me escape, atravesese la Rusia entera, y servi mucho tiempo en los mesones, primero de Riga, y luego de Rostoc, de Vismar, de Lipsia, de Casel, de Utrech, de Leyden, de la Haya, y de Roterdan. Asi he envejecido en el oprobio y la miseria, con no mas que la mitad del trasero, siempre acordandome de que era hija de un papa. Cien veces he querido darme la muerte, mas me sentia con apego a la vida. Acaso esta ridicula flaqueza es una de nuestras propensiones mas funestas; porque ¿donde hay mayor necedad que empenarse en llevar continuamente encima una carga que siempre anhela uno por tirar al suelo; horrorizarse de su existencia, y querer existir; halagar en fin la viborra que nos esta royendo, hasta que nos haya comido las entranas y el corazon?

En los paises adonde me ha llevado mi suerte, y en los mesones donde he servido, he visto infinita cantidad de personas que maldecian su existencia; pero no han pasado de doce las que he visto que daban voluntariamente fin a sus cuitas: tres negros, quatro Ingleses, quatro Ginebrinos, y un catedratico aleman llamado Robel. Al fin me tomo por su criada el Judio Don Isacar, y me llevo, hermosa

senorita, a casa de vm., donde no he pensado mas que en la felicidad de vm., interesandome mas en sus aventuras que en las mias propias; y nunca hubiera mentado siquiera mis cuitas, si no me hubiera vm. picado cun poco, y si no fuese estilo de los que van embarcados contar cuentos para matar el tiempo. Senorita, yo tengo experiencia, y se lo que es el mundo: vaya vm. preguntando a cada pasagero uno por uno la historia de su vida, y mande que me arrojen de cabeza en el mar, si encuentra uno solo que no haya maldecido cien veces la existencia, y que no se haya creido el mas desventurado de los mortales.

Capítulo XIII

De como Candido tuvo que separarse por fuerza de la hermosa Cunegunda y la vieja.

Oida la historia de la vieja, la hermosa Cunegunda la trato con toda la urbanidad y decoro que se merecia una persona de tan alta gerarquia y tanto merito, y admitio su propuesta. Rogo a todos los pasageros que le contaran sus aventuras uno despues de otro, y Candido y ella confesaron que tenia la vieja razon. ¡Que lastima es, decia Candido, que hayan ahorcado, contra lo que es practica, al sabio Panglos en un auto de fe! Cosas maravillosas nos diria cerca del mal fisico, y del mal moral, que cubren mares y tierras, y yo tuviera valor para hacerle con mucho respeto algunos reparillos.

Mientras contaba cada uno su historia, iba andando el navio, y al fin aporto a Buenos-Ayres. Cunegunda, el capitan Candido y la vieja se fueron a presentar al gobernador Don Fernando de Ibarra, Figueroa, Mascarenas, Lampurdan y Souza, el qual senior tenia una arrogancia que no desdecia de un sugeto posesor de tantos apellidos. Trataba a los hombres con la mas noble altivez, alzando el pescuezo, hablando en tan descompasadas y recias voces, y en tono tan altivo, y afectando ademanes tan arrogantes, que a quantos le saludaban les venian tentaciones de hartarle de bofetadas. Era con esto enamorado hasta no mas, y Cunegunda le parecio la mas hermosa criatura de quantas habia visto. Lo primero que hizo fue preguntar si era muger del capitan. Sobresaltose Candido del tonillo con que acompaño esta pregunta, y no se atrevio a decir que fuese su muger, porque verdaderamente no lo era; ni menos que fuese su hermana, porque no lo era tampoco; puesto que esta mentira officiosa era muy frequentemente usada do los antiguos: pero el alma de Candido era tan pura que no pudo desmentir la verdad. Esta Senorita,

dixo, me debe favorecer con su mano, y suplicamos ambos a Vueselencia que se digne ser padrino de los novios. Oyendo esto Don Fernando de Ibarra, Figueroa, Mascarenas, Lampurdan y Souza, se alzo con la izquierda mano los bigotes, se rio con ademan burlon, y mando al capitan Candido que fuera a pasar revista a su compania. Obedecio este, y se quedo el gobernador a solas con la baronesita; le manifesto su amor, previniendola que el dia siguiente seria su esposo por delante o por detras de la iglesia, como mas a Cunegunda le potase. Pidiole esta un quarto de hora para pensarlo bien, consultarlo con la vieja, y resolverse.

Entraron Cunegunda y la vieja en bureo, y esta dixo: Senorita, vm. tiene setenta y dos quarteles y ni un ochavo, y esta en su mano ser muger del senor mas principal de la America meridional, que tiene unos estupendos bigotes, y asi no viene al caso echarla de incontrastable firmeza. Los Bulgaros la violaron a vm.; un inquisidor y un Judio han disfrutado sus favores: las desdichas dan derechos legitimos. Si yo fuera vm., confieso que no tendria reparo ninguno en casarme con el senor gobernador, y hacer rico al senor capitan Candido. Asi decia la vieja con toda aquella autoridad que su prudencia y sus canas le daban, y mientras estaba afe-rrando ancoras un navichuelo que traia un alcalde y dos alguaciles; y era esta la causa de su arribo.

No se habia equivocado la vieja en sospechar que el ladron del dinero y las joyas de Cunegunda en Badajoz, quando venia huyendo con Candido, era un frayle Francisco de manga ancha. El frayle quiso vender a un diamantista algunas de las piedras preciosas hurtadas, y este conocio que eran las mismas que le habia comprado a el propio el Inquisidor general. Fue preso el santo religioso, y confeso de plano a quien y como las habia robado, y el camino que llevaban Candido y Cunegunda. Ya se sabia la fuga de ambos: fueron pues en su seguimiento hasta Cadiz, y sin perder tiempo salio un navio en su demanda. Ya estaba la embarcacion al ancla en el puerto de Buenos-Ayres, y acudio la voz de que iba a desembarcar un alcalde del crimen, que venia en busca de los asesinos del ilustrisimo Senor Inquisidor general. Al punto dio orden la discreta vieja en lo que habia que hacer. Vm. no se puede escapar, dixo a Cunegunda, ni tiene nada que temer, que no fue vm. quien mato a Su Ilustrisima; y fuera de eso el gobernador enamorado no consentira que la toquen en el pelo de la ropa: con que no hay que menearse. Va luego corriendo a Candido, y le dice: Escapate, hijo mio, si no quieres que dentro de una hora te quemem vivo. No daba el caso un instante de vagar; pero ¿como se habia de apartar de Cunegunda? ¿y donde hallaria asilo?

Capítulo XIV

Del recibimiento que a Candido y a Cacambo hicieron los jesuitas del Paraguay.

Se habia traído consigo Candido de Cadiz un criado como se encuentran muchos en los puertos de mar de España, que era un quarteron, hijo de un mestizo de Tucuman, y que habia sido monaguillo, sacristan, marinero, metedor, soldado y lacayo. Llamabase Cacambo, y queria mucho a su amo, porque su amo era muy bueno. Ensillo en un abrir y cerrar de ojos los dos caballos andaluces, y dixo a Candido: Vamos, Señor, sigamos el consejo de la vieja, y echamos a correr sin mirar siquiera hacia atras. Candido vertia amargas lagrimas diciendo: ¡Oh mi amada Cunegunda! ¿con que es fuerza que te abandone quando iba el señor gobernador a ser padrino de nuestras bodas? ¿Que va a ser de mi Cunegunda, que de tan lejos habia traído? Sera lo que Dios quisiere, dixo Cacambo: las mugeres para todo encuentran salida; Dios las remedia; vamos. ¿Adonde me llevas? ¿adonde vamos? ¿que nos haremos sin Cunegunda? decia Candido. Voy a Santiago, replico Cacambo; vm. venia con animo de pelear contra los jesuitas, pues vamos a pelear en su favor. Yo se el camino, y le llevare a vm. a su reyno; y tendran mucha complacencia en poseer un capitan que hace el exercicio a la bulgara; vm. hara un inmenso caudal: que quando no tiene uno lo que ha menester en un mundo, lo busca en el otro, y es gran satisfaccion ver y hacer cosas nuevas. ¿Con que tu ya has estado en el Paraguay? le dixo Candido. Friolera es si he estado, replico Cacambo; he sido pinche en el colegio de la Asuncion, y conozco el gobierno de los padres lo mismo que las calles de Cadiz. Es un portento el tal gobierno. Ya tiene mas de trescientas leguas de diametro, y se divide en treinta provincias. Los padres son duenos de todo, y los pueblos no tienen nada: es la obra maestra de la razon y la justicia. Yo por mi no veo mas divina cosa que los padres, que aqui estan haciendo la guerra a los reyes de España y Portugal, y confesandolos en Europa; aqui matan a los Espanoles, y en Madrid les abren de par en par el cielo: vaya, es cosa que me encanta. Vamos apriesa, que va vm. a ser el mas afortunado de los humanos. ¡Que gusto para los padres, quando sepan que les llega un capitan que sabe el exercicio bulgaro!

Asi que llegaron a la primera barrera, dixo Cacambo a la guardia avanzada que un capitan queria hablar con el señor comandante. Fueron a avisar a la gran guardia, y un oficial paraguayes fue corriendo a echarse a los pies del comandante para darle parte de esta nueva. Desarmaron primero a Candido y a Cacambo, y les cogieron sus caballos andaluces; introduxeronlos luego entre dos filas de soldados, al cabo de las quales estaba el comandante, con su bonete de Teatino puesto, la espada cenida, la sotana remangada, y una alabarda en la mano: hizo una sena, y al punto veinte y quatro soldados rodearon a los reciénvenidos. Dixoles un sar-

giento que esperasen, porque no les podia hablar el comandante, habiendo mandado el padre provincial que ningun Espanol descosiese la boca como no fuese en su presencia, ni se detuviese arriba de tres horas en el pais. ¿Y donde esta el reverendo padre provincial? dixo Cacambo. En la parada, desde que dixo misa, y no podran vms. besarle las espuelas hasta de aqui a tres horas. Si el señor capitán, que se esta muriendo de hambre lo mismo que yo, dixo Cacambo, no es Espanol, que es Aleman; con que me parece que podemos almorzar mientras llega Su Reverendisima.

Fuese incontinenti el sargento a dar cuenta al comandante. Bendito sea Dios, dixo este señor: una vez que es Aleman, bien podemos hablar; llevenle a mi enramada. Llevaron al punto a Candido a un retrete de verdura, ornado de una muy bonita colunata de marmol verde y color de oro, y de enjaulados donde habia encerrados papagayos, paxaros-moscas, colibries, gallinas de Guinea, y otros paxaros raros. Estaba servido en vaxilla de oro un excelente almuerzo; y mientras comian granos de maiz los Paraguayeses en escudillas de palo, y en campo raso al calor del sol, se metio el padre reverendo en la enramada. Era este un mozo muy galán, lleno de cara, blanco y colorado, las cejas altas y arqueadas, los ojos despiertos, encarnadas las orejas, rojos los labios, el ademan altivo, pero no aquella altivez de un Espanol, ni la de un jesuita. Fueron restituidas a Candido y a Cacambo las armas que les habian quitado, y con ellas los dos caballos andaluces; y Cacambo les echo un pienso cerca de la enramada, sin perderlos de vista, temiendo que le jugaran alguna treta.

Beso Candido la sotana del comandante, y se sentaron ambos a la mesa. ¿Con que es vm. Aleman? le dixo el jesuita en este idioma. Si, padre reverendísimo, dixo Candido. Miraronse uno y otro, al pronunciar estas palabras, con un pasmo y una alteracion que no podian contener en el pecho. ¿De que pais de Alemania es vm.? dixo el jesuita. De la sucia provincia de Vefalia, replico Candido, natural de la quinta de Tunder-ten-tronck. ¡Dios mio! ¿es posible? exclamo el comandante. ¡Que portento! gritaba Candido. ¿Es vm.? decia el comandante. No puede ser, replicaba Candido. Ambos a dos se tiran uno a otro, se abrazan, y derraman un mar de lagrimas. ¿Con que es vm., reverendo padre? ivm., hermano de la hermosa Cunegunda; vm., que fue muerto por los Bulgaros; vm., hijo del señor baron; vm., jesuita en el Paraguay! vaya, que en este mundo se ven cosas extranas. ¡Ha Panglos, Panglos, que jubilo fuera el tuyo si no te hubieran ahorcado!

Hizo retirar el comandante a los esclavos negros y a los Paraguayeses, que le escanciaban vinos preciosos en vasos de cristal de roca, y dio mil veces gracias a Dios y a San Ignacio, estrechando en sus brazos a Candido, mientras que por los rostros de ambos corrian copiosos llantos. Mas se enter necera vm., se pasmara, y perdera el juicio, continuo Candido, quando sepa que la baronesita su hermana, a

quien cree que le han pasado el vientre, esta buena y sana.—¿Adonde?—Aquí cerca, en casa del señor gobernador de Buenos-Ayres, y yo he venido con ella a la guerra. Cada palabra que en esta larga conversacion decian era un prodigio nuevo: toda su alma la tenian pendiente de la lengua, atenta en los oidos, y brillandoles en los ojos. A fuer de Alemanes, estuvieron largo espacio sentados a la mesa, mientras venia el reverendo padre provincial; y el comandante hablo asi a su amado Candido.

Capítulo XV

Que cuenta la muerte que dio Candido al hermano de su querida Cunegunda.

Toda mi vida tendre presente aquel horrorosa día que vi dar muerte a mi padre y a mi madre, y violar a mi hermana. Quando se retiraron los Bulgaros, nadie pudo dar lengua de esta adorable hermana, y echaron en una carreta a mi madre, a mi padre, y a mi, a dos criadas, y tres muchachos degollados, para enterrarnos en una iglesia de jesuitas, que dista dos leguas de la quinta de mi padre. Un jesuita nos rocio con agua bendita, que estaba muy salada; me entraron unas gotas en los ojos, y advirtio el padre que hacian mis pestanas un movimiento de contraccion; puso-me la mano en el corazon, y le sintio latir: me socorrieron, y al cabo de tres semanas me halle sano. Ya sabe vm., querido Candido, que era muy bonitillo; crecio mi hermosura con la edad, de suerte que el reverendo padre Croust, rector de la casa, me tomo mucho carino, y me dio el habito de novicio: poco despues me enviaron a Roma. El padre general necesitaba una leva de jesuitas alemanes mozos. Los soberanos del Paraguay admiten lo menos jesuitas espanoles que pueden, y prefieren a los extrangeros, de quien se tienen por mas seguros. El reverendo padre general me creyo bueno para el cultivo de esta vina, y vinimos juntos un Polaco, un Tiroles, y yo. Asi que llegue, me ordenaron de subdiacono, y me dieron una tenencia: y ya soy coronel y sacerdote. Las tropas del rey de Espana seran recibidas con brio, y yo salgo fiador de que se han de volver excomulgadas y vencidas. La Providencia le ha traído a vm. aquí para favorecernos. Pero ¿es cierto que esta mi querida Cunegunda aquí cerca en casa del gobernador de Buenos-Ayres? Candido le confirmo con juramento la verdad de quanto le habia referido, y corrieron de nuevo los llantos de entrambos.

No se hartaba el baron de dar abrazos a Candido, apellidandole su hermano y su libertador. Acaso podremos, querido Candido, le dixo, entrar vencedores los dos juntos en Buenos-Ayres, y recuperar a mi hermana Cunegunda. No deseo yo otra

cosa, respondió Candido, porque me iba a casar con ella, y todavía espero ser su esposo. ¡Tu, insolente! replicó el baron: itener descaro para casarte con mi hermana, que tiene setenta y dos quarteles! ¡y tienes avilantez para hablarme de tan temerario pensamiento! Confuso Candido al oír estas razones, le respondió: Reverendo padre, no importan un bledo todos los quarteles de este mundo; yo he sacado a la hermana de vuestra reverencia de poder de un Judío y un inquisidor; ella me está agradecida, y quiere ser mi muger: maese Panglos me ha dicho que todos eramos iguales, y Cunegunda ha de ser mia. Eso lo veremos, picaruelo, dixo el jesuita baron de Tunder-ten-tronck, alargandole con la hoja de la espada un cintarazo en los hocicos. Candido desenvayna la suya, y se la mete en la barriga hasta la cazoleta al baron jesuita; pero, al sacarla humeando en sangre, echo a llorar. ¡Ay, Dios mio, dixo, que he quitado la vida a mi amo antiguo, a mi amigo y mi cunado! El mejor hombre del mundo soy, y ya llevo muertos tres hombres, y de estos tres los dos son clérigos.

Acudio a la bulla Cacambo que estaba de centinela a la puerta de la enramada. No nos queda mas que vender caras nuestras vidas, le dixo su amo; sin duda van a entrar en la enramada: muramos con las armas en la mano. Cacambo que no se atosigaba por nada, sin inmutarse cogio la sotana del baron, se la echo a Candido encima, le puso el bonete de Teatino del cadaver, y le hizo montar a caballo: todo esto se executo en un momento. Galopemos, Señor: todo el mundo creera que es vm. un jesuita que lleva ordenes, y antes que vengan tras de nosotros, estaremos ya fuera de las fronteras. Todo fue uno el pronunciar estas palabras, y volar gritando: Plaza, plaza al reverendo padre coronel.

Capítulo XVI

Donde se da cuenta de los sucesos de nuestros dos caminantes con dos muchachas, dos ximios, y los salvages llamados Orejones.

Ya habían pasado las barreras Candido y su criado, y todavía ninguno en el campo sabía la muerte del jesuita tudeseo. El vigilante Cacambo no se había olvidado de hacer buen repuesto de pan, chocolate, jamon, fruta, y botas de buen vino, y así se metieron con sus caballos andaluces en un país desconocido, donde no descubrieron sendero ninguno trillado: al cabo se ofreció a su vista una hermosa pradera regada de mil arroyuelos, y nuestros dos caminantes dexaron pacer sus caballerías, Cacambo propuso a su amo que comiese, dandole con el consejo el exemplo. ¿Como quieres, le dixo Candido, que coma jamon, despues de haber muerto al

hijo del señor barón, y viendome condenado a no volver a mirar a la bella Cunegunda? ¿Que me valdra el alargarse mis desventurados años, debiendo pasálos lejos de ella en los remordimientos y la desesperación? ¿Que dirá el diarista de Trevoux?

Dicho esto, no dexo de comer. El sol iba a ponerse, quando a deshora oyen los dos asendereados caminantes unos blandos quejidos como de mugeres; pero no sabian si eran de gusto o de sentimiento: levantaronse empero a toda priesa con el susto y la inquietud que qualquiera cosa infunde en un país no conocido. Daban estos gritos dos mozas en cueros, que corrian con mucha ligereza por la pradera, y en su seguimiento iban dos ximios dandoles bocados en las nalgas. Moviose Candido a compasión; habia aprendido a tirar con los Bulgaros, y era tan diestro que derribaba una avellana del árbol sin tocar a las hojas; cogio pues su escopeta madrileña de dos canones, tiro, y mato ambos ximios. Bendito sea Dios, querido Cacambo, dixo, que de tamaño peligro he librado esas dos pobres criaturas: si cometi un pecado en matar a un inquisidor y a un jesuita, ya he satisfecho a Dios, librando de la muerte a dos muchachas, que acaso son señoritas de circunstancias; y esta aventura no puede menos de grangearnos mucho provecho en el país. Iba a decir mas, pero se le helo la sangre y él habla quando vio que las dos muchachas se abrazaban amorosamente de los monos, inundaban en llanto los cadáveres, y henchian el viento de los mas dolientes gritos. No esperaba yo tanta bondad, dixo a Cacambo; el qual le replico: Buena la hemos hecho, Señor. Los que vm. ha muerto eran los amantes de estas dos niñas. ¡Amantes! ¿como es posible? Cacambo, tu te estas burlando: ¿como quieres que tal crea? Señor amado, replico Cacambo, vm. de todo se pasma. ¿Porque extrana tanto que en algunos países sean los ximios favorecidos de las damas, si son quarterones de hombre, lo mismo que yo quarteron de Español? Ha, repuso Candido, bien me acuerdo de haber oido decir a maese Panglos que antiguamente sucedian esos casos, y que de estas mezclas procedieron los egypans, los faunos, los satiros, que vieron muchos principales personajes de la antigüedad; pero yo todo lo tenia por fabuloso. Ya puede vm. convencerse ahora, dixo Cacambo, de que son verdades, y ya ve los estilos de la gente que no ha tenido cierta educación: lo que me temo, es que estas damas nos metan en algun atolladero.

Persuadido Candido por tan solidas reflexiones, se desvio de la pradera, y se metio en una selva, donde cenó con Cacambo; y despues que hubieron ambos echado sendas maldiciones al inquisidor de Portugal, al gobernador de Buenos-Ayres, y al barón, se quedaron dormidos sobre la yerba. Al despertar sintieron que no se podian menear; y era la causa que por la noche los Orejones, moradores del país, a quien habian dado el soplo las dos damas, los habian atado con cuerdas hechas de cortezas de árboles. Cercabanlos unos cincuenta Orejones desnudos, y armados con flechas, mazas y hachas de pedernal: unos hacian hervir un grandísimo calde-

ro, otros aguzaban asadores, y todos clamaban: Un jesuita, un jesuita; ahora nos vengaremos, y nos regalaremos; a comer jesuita, a comer jesuita.

Bien le habia yo dicho a vm., señor, dixo en triste voz Cacambo, que las muchachas aquellas nos jugarian una mala pasada. Candido mirando los asadores y el caldero, dixo: Sin, duda que van a cocernos o asarnos. Ha, ¿que diria el doctor Panglos si viera lo que es la pura naturaleza? Todo esta bien, norabuena; pero confesemos que es triste cosa haber perdido a mi Cunegunda, y ser espetado en un asador por unos Orejones. Cacambo, que nunca se alteraba por nada, dixo al desconsolado Candido: No se aflija vm., que yo entiendo algo el guirigay de estos pueblos, y les voy a hablar. No dexes de representarles, dixo Candido, que es una inhumanidad horrible el cocer la gente en agua hirviendo, y accion de mal cristiano.

Senores, dixo alzando la voz Cacambo, vms. piensan que se van a comer a un jesuita; y fuera muy bien hecho, que no hay cosa mas conforme a justicia que tratar asi a sus enemigos. Efectivamente el derecho natural ensena a matar al proximo, y asi es estilo en todo el mundo: y si no ejercitamos nosotros el derecho de comernoslos, consiste en que tenemos otros manjares con que regalarnos; pero vosotros no estais en el mismo caso, y cierto vale mas comerse a sus enemigos, que abandonar a los cuervos y las cornejas el fruto de la victoria. Mas vms., señores, no se querran comer a sus amigos; y creen que van a espetar a un jpsuita en el asador, mientras que el asado es vuestro defensor, y enemigo de vuestros enemigos. Yo soy nacido en vuestro mismo pais; este señor que estais viendo es mi amo, y lejos de ser jesuita, acaba de matar a un jesuita, y se ha traído los despojos: este es el motivo de vuestro error. Para verificar lo que os digo, coged su sotana, llevadla a la primera barrera del reyno de los padres, e informaos si es cierto que mi amo ha muerto a un jesuita. Poco tiempo sera necesario, y luego nos podeis comer, si averiguais que es mentira; pero si os he dicho la verdad, hartó bien sabeis los principios de derecho publico, la moral y las leyes, para que nos hagais mal.

Parecio justa la proposicion a los Orejones, y comisionaron a dos prohombres para que con la mayor presteza se informaran de la verdad: los diputados desempeñaron su comision con mucha sagacidad, y volvieron con buenas noticias. Desataron pues los Orejones a los dos presos, les hicieron mil agasajos, les dieron viveres, y los condujeron hasta los confines de su estado, gritando muy alegres: No es jesuita, no es jesuita.

No se hartaba Candido de pasmarse del motivo porque le habian puesto en libertad. ¡Que pueblo, decia, que gente, que costumbres! Si no hubiera tenido la fortuna de atravesar de una estocada de parte a parte al hermano de mi baronesita, me

comian sin mas remision. Verdad es que la naturaleza pura es buena, quando en vez de comerme me lian agasajado tanto estas gentes, asi que han sabido que no era jesuita.

Capítulo XVII

Cuentase el arribo de Candido con su criado al pais del Dorada, y lo que alli vieron.

Quando estuvieron en la raya de los Orejones, Ya ve vm., dixo Cacambo a Candido, que este hemisferio vale tan poco como el otro; creame, y volvamonos a Europa por el camino mas corto. ¿Como me he de volver, respondió Candido, ni adonde he de ir? Si me vuelvo a mi pais, los Abaros y los Bulgaros lo talan todo a sangre y fuego; si a Portugal, me quemán; si nos quedamos en este pais, corre-mos peligro de que nos asen vivos. Mas ¿como nos hemos de resolver a dexar la parte del mundo donde reside mi baronesita?

Encaminemonos a Cayena, dixo Cacambo; alli hallaremos Franceses, que andan por todo el mundo, y que nos podran valer: y acaso tendra Dios misericordia de nosotros.

No era cosa facil ir a Cayena: bien sabian, a poco mas o menos, hacia que parte se habian de dirigir; pero las montanas, los rios, los despenaderos, los salteadores, y los salvages cran en todas partes estorbos insuperables. Los caballos se murieron de cansancio; se les acabaron las provisiones; y se mantuvieron por espacio de un mes con frutas silvestres. Al cabo se hallaron a orillas de un riachuelo poblado de cocos, que les conservaron la vida y la esperanza. Cacambo, que era de tan buen consejo como la vieja, dixo a Candido: Ya no podemos ir mas tiempo a pie, sobrado hemos andado; una canoa vacia estoy viendo a la orilla del rio, llenemos-la de cocos, metamonos dentro, y dexemonos llevar de la corriente: un rio va siempre a parar a algun sitio habitado; y si no vemos cosas gratas, a lo menos veremos cosas nuevas. Vamos alla, dixo Candido, y encomendemonos a la Providencia.

Navegaron por espacio de algunas leguas entre riberas, unas veces amenas, otras aridas, aqui llanas, y alla escarpadas. El rio se iba continuamente ensanchando, y al cabo se encanaba baso una boveda de espantables brenas que escalaban el cielo. Tuvieron ambos caminantes la osadia de dexarse arrastrar de las olas debaxo de

esta boveda; y el río, que en este sitio se estrechaba, se los llevo con horroroso estrepito y no vista velocidad. Al cabo de veinte y quatro horas vieron otra vez la luz; pero la canoa se hizo anicos en los baxios, y tuvieron que andar a gatas de uno en otro penasco una legua entera: finalmente avistaron un inmenso horizonte cercado de inaccesibles montanas. Todo el pais estaba cultivado no menos para recrear el gusto que para satisfacer las necesidades; en todas partes lo util se maridaba con lo agradable; vianse los caminos reales cubiertos, o por mejor decir ornados de carruages de forma elegante y luciente materia, y dentro mugeres y hombres de peregrina hermosura: tiraban con raudo paso de estos carruages unos avultados carneros encarnados, muy mas ligeros que los mejores caballos de Andalucia, Tetuan y Mequinez.

Mejor tierra es esta, dixo Candido, que la Vesfalia; y se apeo con Cacambo en el primer lugar que topo. Algunos muchachos de la aldea, vestidos de tisu de oro hecho pedazos, estaban jugando al tejo a la entrada del lugar; nuestros dos hombres del otro mundo se divertian en mirarlos. Eran los tejos unas piezas redondas muy anchas, amarillas, encarnadas y verdes, que despedian mucho brillo: cogieron algunas, y eran oro, esmeraldas y rubies, de tanto valor que el de menos precio hubiera sido la mas rica joya del trono del Gran Mogol. Estos muchachos, dixo Cacambo, son sin duda los infantes que estan jugando al tejo. En esto se asomo el maestro de primeras letras del lugar, y dixo a los muchachos que ya era hora de entrar en la escuela. Ese es, dixo Candido, el preceptor de la familia real.

Los chicos del lugar abandonaron al punto el juego, y tiraron los tejos, y quanto para divertirse les habia servido. Cogiolos Candido, y acercandose a todo correr al preceptor, se los presento con mucha humildad, diciendole por senas que sus Altezas Reales se habian dexado olvidado aquel oro y aquellas piedras preciosas. Echose a reir el maestro de leer, y las tiro al suelo; miro luego atentamente a Candido a la cara, y siguió su camino.

Los caminantes se dieron prisa a coger el oro, los rubies y las esmeraldas. ¿Donde estamos? decia Candido: menester es que esten bien educados los infantes de este pais, pues asi los ensenan a no hacer caso del oro ni las piedras preciosas. No estaba Cacambo menos atonito que Candido. Al fin se llegaron a la primera casa del lugar, que tenia trazas de un palacio de Europa; a la puerta habia agolpada una muchedumbre de gente, y mas todavia dentro: oiase resonar una musica melodiosa, y se respiraba un delicioso olor de exquisitos manjares. Arrimose Cacambo a la puerta, y oyo hablar peruano, que era su lengua materna; pues ya sabe todo el mundo que Cacambo era hijo de Tucuman, de un pueblo donde no se conocia otro idioma. Yo le servire a vm. de interprete, dixo a Candido; entremos, que este es un meson.

Al punto dos mozos y dos criadas del meson, vestidos de tela de oro, y los cabellos prendidos con lazos de lo mismo, los convidaron a que se sentaran a mesa redonda. Sirvieron en ella quatro sopas con dos papagayos cada una, un buytre cocido que pesaba doscientas libras, dos monos asados de un sabor muy delicado, trescientos colibries en un plato, y seiscientos paxaros-moscas en otro, exquisitas frutas, y pasteleria deliciosa, todo en platos de cristal de roca; y los mozos y sirvientas del meson escanciaban varios licores sacados de la cana de azucar.

La mayor parte de los comensales eran mercaderes y carruageros, todos de una urbanidad imponderable, que con la mas prudente circunspeccion hicieron a Cacambo algunas preguntas, y respondieron a las de este, dexandole muy satisfecho de sus respuestas. Quando se acabo la comida, Cacambo y Candido creyeron que pagaban muy bien el gasto, tirando en la mesa dos de aquellas grandes piezas de oro que habian cogido; pero soltaron la carcajada el huesped y la huespeda, y no pudieron durante largo rato contener la risa: al fin se serenaron, y el huesped les dixo: Bien vemos, senores, que son vms. extrangeros; y como no estamos acostumbrados a ver ninguno, vms. perdonen si nos hemos echado a reir quando nos han querido pagar con las piedras de nuestros caminos reales. Sin duda vms. no tienen moneda del pais, pero tampoco se necesita para comer aqui, porque todas las posadas establecidas para comodidad del comercio las paga el gobierno. Aqui han, comido vms. mal, porque estan en una pobre aldea; pero en las demas partes los recibiran como se merecen. Explicaba Cacambo a Candido todo quanto decia el huesped, y lo escuchaba Candido con tanto pasmo y maravilla como tenia en decirselo su amigo Cacambo. ¿Pues que pais es este, decian ambos, ignorado de todo lo demas de la tierra, y donde la naturaleza entera tanto de la nuestra se diferencia? Es regular que este sea el pais donde todo esta bien, anadia Candido, que alguno ha de haber de esta especie; y diga lo que quiera maese Panglos, muchas veces he advertido que todo iba mal en Vesfalia.

Capítulo XVIII

Donde se da cuenta de lo que en el pais del Dorado vieron.

Cacambo dio parte de su curiosidad a su huesped, y este le dixo: Yo soy un ignorante, y no me arrepiento de serlo; pero en el pueblo tenemos a un anciano retirado de la corte, que es el sugeto mas docto del reyno, y que mas gusta de comunicar con los otros lo que sabe. Dicho esto, llevo a Cacambo a casa del anciano. Candido representaba la segunda persona, y acompanaba a su criado. Entraron

ambos en una casa sin pompa, porque las puertas no eran mas que de plata, y los techos de los aposentos de oro, pero con tan fino gusto labrados, que con los mas ricos techos podian entrar en cetejo; la antesala solamente en rubies y esmeraldas estaba embutida, pero el orden con que estaba todo colocado resarcia esta excesiva simplicidad.

Recibio el anciano a los dos extranjeros en un sofa de plumas de colibri, y les ofrecio varios licores en vasos de diamante, y luego satisfizo su curiosidad en estos terminos. Yo tengo ciento setenta y dos anos, y mi difunto padre, caballero del rey, me conto las asombrosas revoluciones del Peru, que habia el presenciado. El reyno donde estamos es la antigua patria de los Incas, que cometieron el disparate de abandonarla por ir a sojuzgar parte del mundo, y que al fin destruyeron los Espanoles.

Mas prudentes fueron los principes de su familia que permanecieron en su patria, y por consentimiento de la nacion dispusieron que no saliera nunca ningun habitante de nuestro pequeno reyno: lo qual ha mantenido intacta nuestra inocencia y felicidad. Los Espanoles han tenido una confusa idea de este pais, que han llamado El Dorado; y un Ingles, nombrado el caballero Raleigh, llevo aqui cerca unos cien anos hace; mas como estamos rodeados de intransitables brenas y simas espantosas, siempre hemos vivido exentos de la rapacidad europea, que con la insaciable sed que los atormenta de las piedras y el lodo de nuestra tierra, hubieran acabado con todos nosotros sin dexar uno vivo.

Fue larga la conversacion, y se trato en ella de la forma de gobierno, de las costumbres, de las mugeres, de los teatros y de las artes; finalmente Candido, que era muy adicto a la metafisica, pregunto, por medio de Cacambo, si tenian religion los moradores. Sonrojose un poco el anciano, y respondió: ¿Pues como lo dudais? ¿creeis que tan ingratos somos? Pregunto Cacambo con mucha humildad que religion era la del Dorado. Otra vez se abochorno el viejo, y le replico: ¿Acaso puede haber dos religiones? Nuestra religion es la de todo el mundo: adoramos a Dios noche y dia. ¿Y no adorais mas que un solo Dios? repuso Cacambo, sirviendo de interprete a las dudas de Candido. Como si hubiera dos, o tres, o quatro, dixo el anciano: vaya, que las personas de vuestro mundo hacen preguntas muy raras. No se hartaba Candido de preguntar al buen viejo, y queria saber que era lo que pedian a Dios en el Dorado. No le pedimos nada, dixo el respetable y buen sabio, y nada tenemos que pedirle, pues nos ha dado todo quanto necesitamos; pero le tributamos sin cesar acciones de gracias. A Candido le vino la curiosidad de ver los sacerdotes, y pregunto donde estaban; y el venerable anciano le dixo sonriendose: Amigo mio, aqui todos somos sacerdotes; el rey y todas las cabezas de familia cantan todas las mananas solemnes canticos de acciones de gracias, que acompanan cinco o seis mil musicos.—¿Con que no teneis frayles que ensenen, que

arguyan, que gobiernen, que enreden, y que quemem a los que no son de su parecer?—Menester seria que estuviéramos locos, respondió el anciano; aquí todos somos de un mismo parecer, y no entendemos que significan esos vuestros frailes. Estaba Candido como extático oyendo estas razones, y decía para sí: Muy distinto país es este de la Vesfalia, y de la quinta del señor barón; si hubiera visto nuestro amigo Panglos el Dorado, no diría que la quinta de Tunder-ten-tronck era lo mejor que había en la tierra. Cierto que es bueno viajar.

Acabada esta larga conversacion, hizo el buen viejo poner un coche tirado de seis carneros, y dió a los dos caminantes doce de sus criados para que los llevaran a la Corte. Perdonad, les dixo, si me priva mi edad de la honra de acompañaros; pero el rey os agasajara de modo que quedeis gustosos, y sin duda disculpareis los estilos del país, si alguno de ellos os desagrade.

Montaron en coche Candido y Cacambo; los seis carneros iban volando, y en menos de quatro horas llegaron al palacio del rey, situado a un extremo de la capital. La puerta principal tenía doscientos y veinte pies de alto, y ciento de ancho, y no es dable decir de que materia era; mas bien se echa de ver quan portentosas ventajas sacaría a los pedruscos y la arena que llamamos nosotros oro y piedras preciosas. Al apearse Candido y Cacambo del coche, fueron recibidos por veinte hermosas doncellas de la guardia real, que los llevaron al baño, y los vistieron de un ropage de plumion de colibri; luego los principales oficiales y oficialas de palacio los condujeron al aposento de Su Magestad, entre dos filas de mil músicos cada una, como era estilo. Quando estuvieron cerca de la sala del trono, preguntó Cacambo a uno de los oficiales principales como habían de saludar a Su Magestad; si hincados de rodillas o postrados al suelo; si habían de poner las manos en la cabeza o en el trasero; si habían de lamer el polvo de la sala; finalmente quales eran las ceremonias. La practica, dixo el oficial, es dar un abrazo al rey, y besarle en ambas mejillas. Abalanzaronse pues Candido y Cacambo al cuello de Su Magestad, el qual correspondió con la mayor afabilidad, y los convidó cortesmente a cenar. Entre tanto les enseñaron la ciudad, los edificios públicos que escalaban las nubes, las plazas de mercado ornadas de mil columnas, las fuentes de agua clara, las de agua rosada, las de licores de cana, que sin parar corrian en vastas plazas empedradas con una especie de piedras preciosas que esparcian un olor parecido al del clavo y la canela. Quiso Candido ver la sala del crimen y el tribunal, y le dixeron que no los había, porque ninguno litigaba: se informó si había cárcel, y le fue dicho que no; pero lo que mas extraño y mas satisfaccion le causó, fue el palacio de las ciencias, donde vio una galeria de dos mil pasos, llena toda de instrumentos de fisica y matematicas.

Habiendo andado en toda aquella tarde como la milésima parte de la ciudad, los traxeron de vuelta a palacio. Candido se sentó a la mesa entre Su Magestad, su

criado Cacambo, y muchas señoras; y no se puede ponderar lo delicado de los manjares, ni los dichos agudos que de boca del monarca se oían. Cacambo le explicaba a Candido los donayres del rey, y aunque traducidos todavia eran donayres; y de todo quanto pasmo a Candido, no fue esto lo que le dexo menos pasmado.

Un mes estuvieron en este hospicio. Candido decia continuamente a Cacambo: Ello es cierto, amigo mio, que la quinta donde yo naci no se puede comparar con el pais donde estamos; pero al cabo mi Cunegunda no habita en el, y sin duda que tampoco a ti te faltara en Europa una que bien quieras. Si nos quedamos aqui, seremos uno de tantos; y si damos vuelta a nuestro mundo no mas que con una docena de carneros cargados de piedras del Dorado, seremos mas ricos que todos los monarcas juntos, no tendremos que tener miedo a inquisidores, y con facilidad podremos cobrar a la baronesita. Este razonamiento peto a Cacambo: tal es la mania de correr mundo, de ser tenido entre los suyos, de hacer alarde de lo que ha visto uno en sus viages, que los dos afortunados se determinaron a dexarlo de ser, y a despedirse de Su Magestad.

Haceis un disparate, les dixo el rey: bien se que mi pais vale poco; mas quando se halla uno medianamente bien en un sitio, se debe estar en el. Yo no tengo por cierto derecho para detener a los extrangeros, tirania tan opuesta a nuestra practica como a nuestras leyes. Todo hombre es libre, y os podeis ir quando quisierais; pero es muy ardua empresa el salir de este pais: no es posible subir el raudo rio por el qual habeis venido por milagro, y que corre baxo bovedas de penascos; las montanas que cercan mis dominios tienen quatro mil varas de elevacion, y son derechas como torres; su anchura coge un espacio de diez leguas, y no es posible baxarlas como no sea despenandose. Pero, pues estais resueltos a iros, voy a dar orden a los intendentes de maquinas para que hagan una que os pueda transportar con comodidad; y quando os hayan conducido al otro lado de las montanas, nadie os podra acompanar; porque tienen hecho voto mis vasallos de no pasar nunca su recinto, y no son tan imprudentes que le hayan de quebrantar: en quanto a lo demas, pedidme lo que mas os acomode. No pedimos que Vuestra Magestad nos de otra cosa, dixo Cacambo, que algunos carneros cargados de viveres, de piedras y barro del pais. Riose el rey, y dixo: No se que, pasion es la que tienen vuestros Europeos a nuestro barro amarillo; llevaos todo el que querais, y buen provecho os haga.

Inmediatamente dio orden a sus ingenieros que hicieran una maquina para izar fuera del reyno a estos dos hombres extraordinarios: tres mil buenos fisicos trabajaron en ella, y se concluyo al cabo de quince dias, sin costar arriba de cien millones de duros, moneda del pais. Metieron en la maquina a Candido y a Cacambo: dos carneros grandes encarnados tenian puesta la silla y el freno para que monta-

sen en ellos así que hubiesen pasado los montes, y los seguían otros veinte cargados de viveres, treinta con preseas de las cosas más curiosas que en el país había, y cincuenta con oro, diamantes, y otras piedras preciosas. El rey dio un cariñoso abrazo a los dos vagamundos. Fue cosa de ver su partida, y el ingenioso modo con que los izaron a ellos y a sus carneros a la cumbre de las montañas. Habiéndolos dexado en parage seguro, se despidieron de ellos los físicos; y Candido no tuvo otro hipo ni otra idea que ir a presentar sus carneros a la baronesita. A bien que llevamos, decía, con que pagar al gobernador de Buenos-Ayres, si es dable poner precio a mi Cuncgunda: vamos a la isla de Cayena, embarquemonos, y luego veremos que reyno habernos de poner en ajuste.

Capítulo XIX

De los sucesos de Surinam, y del conocimiento que hizo Candido de Martin.

La primera jornada de nuestros dos caminantes fue bastante agradable, llevados en alas de la idea de encontrarse poseedores de mayores tesoros que quantos en Asia, Europa y Africa se podían reunir. El enamorado Candido grabó el nombre de Cunegunda en las cortezas de los árboles. A la segunda jornada se atollaron en pantanos dos carneros, y perecieron con la carga que llevaban; otros dos se murieron de cansancio algunos días después; luego perecieron de hambre de siete a ocho en un desierto; de allí a algunos días se cayeron otros en unas simas: por fin a los cien días de viaje no les quedaron más que dos carneros. Candido dixo a Cacambo: Ya ves, amigo, que deleznable son las riquezas de este mundo; nada hay sólido, como no sea la virtud, y la dicha de volver a ver a Cunegunda. Confíeselo así, dixo Cacambo; pero todavía tenemos dos carneros con más tesoros que quantos podrá poseer el rey de España, y desde aquí columbro una ciudad, que presumo que ha de ser Surinam, colonia holandesa. Al término de nuestras miserias tocamos, y al principio de nuestra ventura.

En las inmediaciones del pueblo encontraron a un negro tendido en el suelo, que no tenía más que la mitad de su vestido, esto es de unos calzoncillos de lienzo crudo azul, y al pobre le faltaba la pierna izquierda y la mano derecha. ¡Dios mío! le dixo Candido, ¿que haces ahí, amigo, en la terrible situación en que te veo? Estoy aguardando a mi amo el señor de Vanderdendur, negociante afamado, respondió el negro. ¿Ha sido por ventura el señor Vanderdendur quien tal te ha parado? dixo Candido. Sí, Señor, respondió el negro; así es práctica: nos dan un par de calzoncillos de lienzo dos veces al año para que nos vistamos; quando trabajamos

en los ingenios de azucar, y nos coge un dedo la piedra del molino, nos cortan la mano; quando nos queremos escapar, nos cortan una pierna: yo me he visto en ambos casos, y a ese precio se come azucar en Europa; puesto que quando en la costa de Guinea me vendio mi madre por dos escudos patagones, me dixo: Hijo querido, da gracias a nuestros fetiches, y adoralos sin cesar, para que vivas feliz; ya logras de ellos la gracia de ser esclavo de nuestros senores los blancos, y de hacer afortunados a tu padre y a tu madre. Yo no se iay! si los he hecho afortunados; lo que se es que ellos me han hecho muy desdichado, y que los perros, los monos y los papagayos lo son mil veces menos que nosotros. Los fetiches holandeses que me han convertido, dicen que los blancos y los negros somos todos hijos de Adan. Yo no soy genealogista, pero si los predicadores dicen la verdad, todos somos primos hermanos; y cierto que no es posible portarse de un modo mas horroroso con sus propios parientes.

O Panglos, exclamo Candido, esta abominacion no la habias tu adivinado: se acabo, sera fuerza que abjure tu optimismo. ¿Que es el optimismo? dixo Cacambo. Ha, respondió Candido, es la mania de sustentar que todo esta bien quando esta uno muy mal. Vertia lagrimas al decirlo contemplando al negro, y entro llorando en Surinam.

Lo primero que preguntaron fue si habia en el puerto algun navio que se pudiera fletar para Buenos-Ayres. El hombre a quien se lo preguntaron era justamente un patron espanol que les ofrecio ajustarse en conciencia con ellos, y les dio cita en una hosteria, adonde Candido y Cacambo le fueron a esperar con sus carneros.

Candido que llevaba siempre el corazon en las manos conto todas sus aventuras al Espanol, y le confeso que queria robar a la baronesita Cunegunda. Ya me guardare yo, le respondió, de pasarlos a vms. a Buenos-Ayres, porque seria irremisiblemente ahorcado, y vms. ni mas ni menos; que la hermosa Cunegunda es la dama en privanza de Su Excelencia. Este dicho fue una punalada en el corazon de Candido: lloro amalgamente, y despues de su llanto, llamando aparte a Cacambo, le dixo: Escucha, querido amigo, lo que tienes que hacer; cada uno de nosotros lleva en el bolsillo uno o dos millones de pesos en diamantes, y tu eres mas astuto que yo: vete a Buenos-Ayres, en busca de Cunegunda. Si pone el gobernador alguna dificultad, dale cien mil duros; si no basta, dale doscientos mil: tu no has muerto a inquisidor ninguno, y nadie te perseguira. Yo fletare otro navio, y te ire a esperar a Venecia; que es pais libre, donde no hay ni Bulgaros, ni Abaros, ni Judios, ni inquisidores que temer. Pareciole bien a Cacambo tan prudente determinacion, puesto que sentia a par de muerte haberse de separar de amo tan bueno; pero la satisfaccion de servirle pudo mas con el que el sentimiento de dexarle. Abrazaronse derramando muchas lagrimas; Candido le encomendo que no se olvidara de la buena vieja; y Cacambo se partio aquel mismo dia: el tal Cacambo era

un excelente sugeto.

Detuiose algun tiempo Candido en Surinam, esperando a que hubiese otro patron que le llevase a Italia con los dos carneros que le habian, quedado. Tomo criados para su servicio, y compro todo quanto era necesario para un viage largo; finalmente se le presento el senor Vanderdendur, armador de una gruesa embarcacion. ¿Quanto pide vm., le pregunto, por llevarme en derecha a Venecia, con mis criados, mi bagage, y los dos carneros que vm. ve? El patron pidio diez mil duros, y Candido se los ofrecio sin rebaxa. ¡Hola, hola! dixo entre si el prudente Vanderdendur, ¿con que este extranjero da diez mil duros sin regatear? Menester es que sea muy rico. Volvio de alli a un rato, y dixo que no podia hacer el viage por menos de veinte mil. Veinte mil le dare a vm., dixo Candido. Toma, dixo en voz baxa el mercader, ¿con que da veinte mil duros con la misma facilidad que diez mil? Otra vez volvio, y dixo que no le podia llevar a Venecia si no le daba treinta mil duros. Pues treinta mil seran, respondio Candido. Ha, ha, murmuro el holandese, treinta mil duros no le cuestan nada a este hombre; sin duda que en los dos carneros lleva inmensos tesoros: no insistamos mas; hagamos que nos pague los treinta mil duros, y luego veremos. Vendio Candido dos diamantes, que el mas chico valia mas que todo quanto dinero le habia pedido el patron, y le pago adelantado. Estaban ya embarcados los dos carneros, y seguia Candido de lejos en una lancha para ir al navio que estaba en la rada; el patron se aprovecha de la ocasion, leva anclas, y sesga el mar llevando el viento en popa. En breve le pierde de vista Candido confuso y desatentado. ¡Ay! exclamaba, esta picardia es digna del antiguo hemisferio. Vuélvese a la playa anegado en su dolor, y habiendo perdido lo que bastaba para hacer ricos a veinte monarcas. Fuera de si, se va a dar parte al juez holandese, y en el arrebatado de su turbacion llama muy recio a la puerta, entra, cuenta su cuita, y alza la voz algo mas de lo que era regular. Lo primero que hizo el juez fue condenaile a pagar diez mil duros por la bulla que habia metido: oyole luego con mucha pachorra, le prometio que examinaria el asunto asi que voliera el mercader, y exigió otros diez mil duros por los derechos de audiencia.

Esta conducta acabo de desesperar a Candido; y aunque a la verdad habia padecido otras desgracias mil veces mas crueles, la calma del juez y del patron que le habia robado le exaltaron la colera, y le ocasionaron una negra melancolia. Presentabase a su mente la maldad humana con toda su disformidad, y solo pensamientos tristes revolvia. Finalmente estando para salir para Burdeos un navio frances, y no quedandole carneros cargados de diamantes que embarcar, ajusto en lo que valia un camarote del navio, y mando pregonar en la ciudad que pagaba el viage y la manutencion, y daba dos mil duros a un hombre de bien que le quisiera acompanar, con la condicion de que fuese el mas descontento de su suerte, y el mas desdichado de la provincia. Presentose una cafila tal de pretendientes, que no hubieran podido caber en una esquadra. Queriendo Candido escoger los que mejor

educados parecían, señaló hasta unos veinte que le parecieron más sociables, y todos pretendían que merecían la preferencia. Reuniólos en su posada, y los convidó a cenar, poniendo por condición que hiciese cada uno de ellos juramento de contar con sinceridad su propia historia, y prometiendo escoger al que más digno de compasión y más descontento con justicia de su suerte le pareciese, y dar a los demás una gratificación. Duro la sesión hasta las cuatro de la madrugada; y al oír sus aventuras o desventuras se acordaba Cándido de lo que le había dicho la vieja cuando iban a Buenos-Ayres, y de la apuesta que había hecho de que no había uno en el navío a quien no hubiesen acontecido gravísimas desdichas. A cada lastima que contaban, pensaba en Panglos, y decía: El tal Panglos apurado se había de ver para demostrar su sistema: yo quisiera que se hallase aquí. Es cierto que si está todo bien, es en el Dorado, pero no en lo demás de la tierra. Finalmente se determinó en favor de un hombre docto y pobre, que había trabajado diez años para los libreros de Amsterdam, creyendo que no había en el mundo oficio que más aperreado traxese al que le ejercitaba. Fuera de eso este docto sugeto, que era hombre de muy buena pasta, había sido robado por su mujer, aporreado por su hijo, y su hija le había abandonado, y se había escapado con un Portugués. Le acababan de quitar un miserable empleo con el qual vivía, y le perseguían los predicantes de Surinam, porque le tachaban de sociniano. Hase de confesar que los demás eran por lo menos tan desventurados como él; pero Cándido esperaba que con el docto se aburriría menos en el viage. Todos sus competidores se quejaron de la injusticia manifiesta de Cándido; mas este los calmó repartiendo cien duros a cada uno.

Capítulo XX

De lo que sucedió a Cándido y a Martín durante la navegación.

Embarcose pues para Burdeos con Cándido el docto anciano, cuyo nombre era Martín. Ambos habían visto y habían padecido mucho; y aun cuando el navío hubiera ido de Surinam al Japon por el cabo de Buena Esperanza, no les hubiera en todo el viage faltado materia para discurrir acerca del mal físico y el mal moral. Verdad es que Cándido le sacaba muchas ventajas a Martín, porque llevaba la esperanza de ver a su Cunegunda, y Martín no tenía cosa ninguna que esperar: y le quedaba oro y diamantes; de suerte que aunque había perdido cien carneros grandes cargados de las mayores riquezas de la tierra, y aunque le escarbaba continuamente la bribonada del patron holandés, todavía cuando pensaba en lo que aun llevaba en su bolsillo, y hablaba de Cunegunda, con especialidad después de comer, se inclinaba al sistema de Panglos. Y vm., señor Martín, le dixo al docto,

¿que piensa de todo esto? ¿que opinion lleva cerca del mal fisico y el mal moral? Señor, respondió Martin, los clérigos me han acusado de ser sociniano; pero la verdad es que soy maniqueo. Ese es cuento, replicó Candido, que ya no hay maniqueos en el mundo. Pues yo en el mundo estoy, dixo Martin, y es la realidad que no esta en mi creer otra cosa. Menester es que tenga vm. el diablo en el cuerpo, repuso Candido. Tanto papelea en este mundo, dixo Martin, que muy bien puede ser que este en mi cuerpo lo mismo que en otra parte. Confieso que quando tien-do la vista por este globo o globulo, se me figura que le ha dexado Dios a dispo-sicion de un ser malefico, exceptuando el Dorado. Aun no he visto un pueblo que no desee la ruina del pueblo inmediato, ni una familia que no quisiera exterminar otra familia. En todas partes los menudos execran de los grandes, y se postran a sus plantas; y los grandes los tratan como viles rebanos, desollandolos y comien-doselos. Un millon de asesinos en regimientos andan corriendo la Europa entera, saqueando y matando con disciplina, porque no saben oficio mas honroso; en las ciudades que en apariencia disfrutan la paz, y en que florecen las artes, estan roi-dos los hombres de mas envidia, inquietudes y afanes, que quantas plagas padece una ciudad sitiada. Todavia son mas crueles los pesares secretos que las miserias publicas; en una palabra, he visto tanto y he padecido tanto, que soy maniqueo. Cosas buenas hay, no obstante, replicó Candido. Podra ser, decia Martin, mas no han llegado a mi noticia.

En esta disputa estaban quando se oyeron descargas de artilleria. De uno en otro instante crecia el estruendo, y todos se armaron de un antejo. Veianse como a dis-tancia de tres millas dos navios que combatian, y los traxo el viento tan cerca del navio frances a uno y a otro, que tuvieron el gusto de mirar el combate muy a su sabor. Al cabo uno de los navios descargo una andanada con tanto tino y acierto, y tan a flor de agua, que echo a pique a su contrario. Martin y Candido distinguie-ron con mucha claridad en el combes de la nave que zozobraba unos cien hom-bres que todos alzaban las manos al cielo dando espantosos gritos; en un punto se los trago a todos la mar.

Vea vm., dixo Martin, pues asi se tratan los hombres unos a otros. Verdad es, dixo Candido, que anda aqui la mano del diablo. Diciendo esto, advirtio cierta cosa de un encarnado muy subido, que nadaba junto al navio; echaron la lancha para ver que era, y era uno de sus carneros. Mas se alegro Candido con haber recobrado este carnero, que lo que habia sentido la perdida de ciento cargados todos de dia-mantes gruesos del Dorado.

En breve reconocio el capitan del navio frances que el del navio sumergidor era Espanol, y el del navio sumergido un pirata holandés, el mismo que habia robado a Candido. Con el pirata se hundieron en el mar las inmensas riquezas de que se habia apoderado el infame, y solo se liberto un carnero. Ya ve vm., dixo Candido

a Maitin, que a veces llevan los delitos su merecido: este picaro de patron holandés ha sufrido la pena digna de sus maldades. Esta bien, dixo Martin, pero ¿por que han muerto los pasajeros que venian en su navio? Dios ha castigado al malo, y el diablo ha ahogado a los buenos.

Seguian en tanto su derrota el navio frances y el espanol, y Candido en sus conversaciones con Martin. Quince dias sin parar disputaron, y tan adelantados estaban el ultimo como el primero; pero hablaban, se comunicaban sus ideas, y se consolaban. Candido pasando la mano por el lomo a su carnero le decia: Una vez que te he hallado a ti, tambien podie hallar a Cunegunda.

Capítulo XXI

Donde se da cuenta de la platica de Candido y Martin, al acercarse a las costas de Francia.

Avistaronse al fin las costas de Francia. ¿Ha estado vm. en Francia, señor Martin? dixo Candido. Si, Señor, respondió Martin, y he corrido muchas provincias: en unas la mitad de los habitantes son locos, en otras muy retrecheros, en estas bastante bonazos y bastante tontos, y en aquellas lo dan por ladinos. En todas la ocupacion principal es enamorar, murmurar la segunda, y la tercera decir majaderias.—¿Y ha visto vm. a Paris, señor Martin?—He visto a Paris, que es una menestra de paxaros de todas clases, un caos, una prensa, donde todo el mundo anhela por placeres, y casi nadie los halla, a lo menos segun me ha parecido. Estuve poco tiempo; al llegar, me robaron quanto traia unos rateros en la plaza de San German; luego me reputaron a mi por ladron, y me tuvieron ocho dias en la carcel; y al salir libre entre como corrector en una imprenta, para ganar con que volverme a pie a Holanda. He conocido la canalla escritora, la canalla enredadora, y la canalla convulsa. Dicen que hay algunas personas muy cultas en este pueblo, y creo que asi sera.

Yo por mi no tengo hipo ninguno por ver la Francia, dixo Candido; bien puede vm. considerar que quien ha vivido un mes en el Dorado no se cura de ver cosa ninguna de este mundo, como no sea Cunegunda. Voy a esperarla a Venecia, y atravesaremos la Francia para ir a Italia: ¿me acompañara vm.? Con mil amores, respondió Martin; dicen que Venecia solo para los nobles Venecianos es buena, puesto que hacen mucho agasajo a los extrangeros que llevan mucho dinero: yo no le tengo, pero vm. si, y le seguire adonde quiera que fuere. Hablando de otra cosa,

dixo Candido, ¿cree vm. que la tierra haya sido antiguamente mar, como lo afirma aquel libro gordo que es del capitan del buque? No por cierto, replico Martin, como ni tampoco los demas adefesios que nos quieren hacer tragar de algun tiempo aca. ¿Pues para que fin piensa vm. que fue criado el mundo? continuo Candido. Para hacernos dar al diablo, respondió Martin. ¿No se pasma vm., siguió Candido, del amor de las dos mozas del pais de los Orejones a los dos ximios, que conte a vm.? Muy lejos de eso, repuso Martin; no veo que tenga nada de extraño esa pasion, y he visto tantas cosas extraordinarias, que nada se me hace extraordinario. ¿Cree vm., le dixo Candido, que en todos tiempos se hayan degollado los hombres como hacen hoy, y que siempre hayan sido embusteros, alevos, perfidos, ingratos, ladrones, flacos, mudables, viles, envidiosos, glotonos, borrachos, codiciosos, ambiciosos, sangrientos, calumniadores, disolutos, fanaticos, hipocritas y necios? ¿Cree vm., replico Martin, que los milanos se hayan, siempre engullido las palomas, quando han podido dar con ellas? Sin duda, dixo Candido. Pues bien, continuo Martin, si los milanos siempre han tenido las mismas inclinaciones, ¿porque quiere vm. que las de los hombres hayan ariado? No, dixo Candido, eso es muy diferente porque el libre albedrio..... Asi discurrian, quando aportaron a Burdeos.

Capítulo XXII

De los sucesos que en Francia acontecieron a Candido y a Martin.

No se detuvo Candido en Burdeos mas tiempo que el que le fue necesario para vender algunos pedernales del Dorado, y comprar una buena silla de posta de dos asientos, porque no podia ya vivir sin su filosofo Martin. Lo unico que sintio fue tenerse que separar de su carnero, que dexo a la Academia de ciencias de Burdeos, la qual propuso por asunto del premio de aquel ano determinar porque la lana de aquel carnero era encarnada; y se le adjudico a un docto del Norte, que demostro por $A \text{ mas } B, \text{ menos } C \text{ dividido por } Z,$ que era forzoso que fuera aquel carnero encarnado, y que se muriese de la monina.

Todos quantos caminantes topaba Candido en los mesones le decian: Vamos a Paris. Este general prurito le inspiro al fin deseos de ver esta capital, en lo qual no se desviaba mucho de la direccion de Venecia. Entro por el arrabal de San Marcelo, y creyo que estaba en la mas sucia aldea de Vesfalia. Apenas llego a la posada, le acometio una ligera enfermedad originada del cansancio; y como llevaba al dedo un enorme diamante, y habian advertido en su coche una caja muy

pesada, al punto se le acercaron dos doctores medicos que no habia mandado llamar, varios intimos amigos que no se apartaban de el, y dos devotas mugeres que le hacian caldos. Decia Martin: Bien me acuerdo de haber estado yo malo en Paris, quando mi primer viage; pero era muy pobre, y asi ni tuve amigos, ni devotas, ni medicos, y sane muy presto.

Las resultas fueron que a poder de sangrias, recetas y medicos, se agravo la enfermedad de Candido. Al fin sano; y mientras estaba convaleciente, le visitaron muchos sugetos de trato fino, que cenaban con el. Habia juego fuerte, y Candido se pasmaba de que nunca le venian, buenos nappes; pero Martin no lo extranaba.

Entre los que mas concurrían a su casa habia un cierto abate, que era de aquellos hombres diligentes, siempre listos para todo quanto les mandan, serviciales, entremetidos, halaguenos, descarados, buenos para todo, que atisban a los forasteros que llegan a la capital, les cuentan los sucesos mas escandalosos que acontecen, y les brindan con placeres a qualquier precio. Lo primero que hizo fue llevar a la comedia a Martin y a Candido. Representaban una tragedia nueva, y Candido se encontro al lado de unos quantos hypercriticos, lo qual no le quito que llorase al ver algunas escenas representadas con la mayor perfeccion. Uno de los hypercriticos que junto a el estaban, le dixo en un entre-acto: Hace vm. muy mal en llorar; esa comediante es malisima, y el que representa con ella peor todavia, y peor la tragedia que los actores: el autor no sabe palabra de arabigo, y ha puesto la escena en la Arabia; sin contar con que es hombre que cree que no hay ideas innatas: manana le traere a vm. veinte folletos contra el. Caballero, ¿quantas composiciones dramaticas tienen vms. en Francia? dixo Candido al abate; y este respondio: Cinco o seis mil. Mucho es, dixo Candido; ¿y quantas buenas hay? Quince o diez y seis, replico el otro. Mucho es, dixo Martin.

Salio Candido muy satisfecho con una comica que hacia el papel de la reyna Isabel de Inglaterra, en una tragedia muy insulsa que algunas veces se representa. Mucho me gusta esta actriz, le dixo a Martin, porque se da ayre a Cunegunda; mucho gusto tendria en hacerle una visita. El abate, se brindo a llevarle a su casa. Candido criado en Alemania pregunto que ceremonias eran las que se estilaban en Francia para tratar con las reynas de Inglaterra. Distingo, dixo el abate: en las provincias las llevan a comer a los mesones, en Paris las respetan quando son bonitas, y las tiran al muladar despues de muertas. ¡Al muladar las reynas! dixo Candido. Verdad es, dixo Martin; razon tiene el senor abate: en Paris estaba yo quando la senora Monima paso, como dicen, de esta a mejor vida, y le negaron lo que esta gente llama sepultura en tierra santa, lo qual significa podrirse con toda la pobreteria de la parroquia en un hediondo cementerio, y la enterraron sola y senera en un rincon de su jardin, lo qual le causo sin duda muchisima pesadumbre, porque tenia muy hidalgos pensamientos. Accion de mala crianza fue en efec-

to, dixo Candido. ¿Que quiere vm., dixo Martin, si estas gentes son asi? Imaginese vm. todas las contradicciones, y todas las incompatibilidades posibles, y las hallara reunidas en el gobierno, en los tribunales, en las iglesias, y en los espectaculos de esta donosa nacion. ¿Y es cierto que en Paris se rie la gente de todo? Verdad es, dixo el abate, pero se rien dandose al diablo; se lamentan de todo dando careajadas de risa; y riendose se cometen las mas detestables acciones.

¿Quien es, dixo Candido, aquel marrano que tan mal hablaba de la tragedia que tanto me ha hecho llorar, y de los actores que tanto gusto me han dado? Un malandrín, respondió el abate, que gana la vida hablando mal de todas las composiciones dramaticas y de todos los libros que salen; que aborrece a todo aquel que es aplaudido, como aborrecen los eunucos a los que gozan; una sierpe de la literatura, que vive de ponzona y cieno; un folletista. ¿Que llama vm. folletista? dixo Candido. Un compositor de folletos, dixo el abate, un Freron, o un Ostolaza. Asi discurrían Candido, Martin y el abate en la escalera del coliseo, mientras que iba saliendo la gente, concluida la comedia. Puesto que tengo muchísimos deseos de ver a Cunegunda, dixo Candido, bien quisiera cenar con la primera tragica, que me ha parecido un portento. No era hombre el abate que tuviese entrada en casa de la tal primera actriz, que solo recibia sugetos del mas fino trato. Esta ocupada esta noche, respondió; pero tendre la honra de llevar a vm. a casa de una senora de circunstancias, y conocerá a Paris allí como si hubiera vivido en el muchos años.

Candido, que naturalmente era amigo de saber, se dexo llevar a casa de la tal senora: estaban ocupados los tertulianos en jugar a la banca, y doce tristes apuntes tenían en la mano cada uno un juego de naypes, archivo de su mala ventura. Reynaba un profundo silencio; tenido estaba el semblante de los apuntes de una macilenta amarillez, y se leía la zozobra en el del banquero; y la senora de la casa, sentada junto al despiadado banquero, con ojos de lince anotaba todos los parolis, y todos los sietelevares con que doblaba cada jugador sus naypes, haciendoselos desdoblar con un cuidado muy escrupuloso, pero con cortesia y sin enfadarse, por temor de perder sus parroquianos. Llamabanla la marquesa de Parolinac; su hija, muchacha de quince años, era uno de los apuntes, y con un guinar de ojos advertía a su madre las picardiguélas de los pobres apuntes que procuraban enmendar los rigores de la mala suerte. Entraron el abate, Candido y Martin, y nadie se levanto a darles las buenas noches, ni los saludo, ni los miro siquiera; tan ocupados todos estaban en sus naypes. Mas cortes era la senora baronesa de Tunder-tentronck, dixo entre si Candido.

Acercose en esto el abate al oido de la marquesa, la qual se medio-levanto de la silla, honro a Candido con una risita agraciada, y a Martin haciendole cortesia con la cabeza con magestuoso ademan; mando luego que traxeran a Candido asiento

y una baraja, y este perdió en dos tallas diez mil duros. Cenaron luego con mucha jovialidad, y todos estaban atonitos de que Candido no sintiese mas lo que perdía. Los lacayos en su idioma lacayuno se decían unos a otros: Preciso es que sea un mylord inglés.

La cena se parecía a casi todas las cenas de París; primero mucho silencio, luego un estrepito de palabras que no se entendían, chistes luego, casi todos muy insulsos, noticias falsas, malos raciocinios, algo de política, y mucha murmuración; después hablaron de obras nuevas. Pasaron luego a tratar de teatros, y el ama de casa preguntó porque había ciertas tragedias que se representaban con frecuencia, y que nadie podía leer. Un hombre de fino gusto que había entre los convidados, explicó con mucha claridad como podía interesar una tragedia que tuviera poquísimo mérito, probando en breves razones que no bastaba traer por los cabellos una o dos situaciones de aquellas que tan frecuentes son en las novelas, y siempre embelesan a los oyentes; que es menester novedad sin extravagancia, sublimidad a veces, y naturalidad siempre; conocer el corazón del hombre y el estilo de las pasiones; ser gran poeta, sin que parezca poeta ninguno de los interlocutores; saber con perfección su idioma, hablarle con pureza, y con armonía continua, sin sacrificar nunca el sentido al consonante. Todo aquel que no observare todas estas reglas, añadió, muy bien podrá componer una o dos tragedias que sean aplaudidas en el teatro, mas nunca pasará plaza de buen escritor. Poquísimas tragedias hay buenas: unas son idyllos en coloquios bien escritos y bien versificados; otras disertaciones de política que infunden sueño, o amplificaciones que cansan; otras desatinos de un envergamento en estilo bárbaro, razones cortadas, apostrofes interminables a los Dioses no sabiendo que decir a los hombres, falsas máximas, y lugares comunes hinchados.

Escuchaba con mucha atención Candido este razonamiento, y formó por el altísima idea del orador; y como había tenido la marquesa la atención de colocarle a su lado, se tomó la licencia de preguntarle al oído quien era un hombre que tan de perlas hablaba. Ese es un docto, dijo la dama, que nunca apunta, y que me trae a cenar algunas veces el abate, que entiende perfectamente de tragedias y libros, y que ha compuesto una tragedia que silbaron, y un libro del qual un solo exemplar que me dedico ha salido de la tienda de su librero. ¡Que varón tan eminente! dijo Candido, es otro Panglos; y volviéndose hacia el le dijo: ¿Sin duda, Caballero, que es vm. de dictamen de que todo esta perfectamente en el mundo físico y en el moral, y de que nada podía suceder de otra manera? ¡Yo, caballero! le respondió el docto; nada menos que eso. Todo me parece que va al revés en nuestro país, y que nadie sabe ni qual es su estado, ni qual su cargo, ni lo que hace, ni lo que debiera hacer; y que excepto la cena que es bastante jovial, y donde la gente esta bastante acorde, todo el resto del tiempo se consume en impertinentes contiendas; de jansenistas con motinistas, de parlamentarios con eclesiásticos, de literatos con

literatos, de palaciegos con palaciegos, de alcabaleros y diezmeros con el pueblo, de mugeres con maridos, y de parientes con parientes; por fin una guerra perdurable.

Replicole Candido: Cosas peores he visto yo; pero un sabio que despues tuvo la desgracia de ser ahorcado, me enseno que todas esas cosas son dechado de perfecciones, y sombras de una hermosa pintura. Ese ahorcado se reia de la gente, dixo Martin, y esas sombras sen manchas horrosas, Los hombres son los que echan esas manchas, dixo Candido, y no pueden hacer menos. ¿Con que no es culpa de ellos? replico Martin. Bebian en tanto la mayor parte de los apuntes, que no entendian una palabra de la materia; Martin discurria con el hombre docto, y Candido contaba parte de sus aventuras al ama de la casa.

Despues de cenar, llevo la marquesa a su retiete a Candido, y le sento en un canape. ¿Con que esta vm. enamorado perdido de Cunegunda, la baronesita de Tunder-tronck? Si, Senora, respondio Candido. Replicole la marquesa con una amorosa sonrisa: Vm. responde como un mozo de Vesfalia; un Frances me hubiera dicho: Verdad es, Senora, que he querido a Cunegunda, pero quando la miro a vm., me temo no quererla. Yo, Senora, dixo Candido, respondere como vm. quisiere. La pasion de vm., dixo la marquesa, empezo alzando un pañuelo, y yo quiero que vm. alce mi liga. Con toda mi alma, dixo Candido, y la levanto del suelo. Ahora quiero que me la ponga, continuo la dama, y Candido se la puso. Mire vm., repuso la dama, vm. es extrangero: a mis amantes de Paris los hago yo penar a veces quince dias seguidos, pero a vm. me rindo desde la primera noche, porque es menester tratar cortesmente a un buen mozo de Vesfalia. La buena cana que habia reparado en dos diamantes enormes de dos sortijas del extrangero buen mozo, tanto se los alabo, que de los dedos de Candido pasaron a los de la marquesa.

Al volverse Candido a su casa con el abate, sintio algunos remordimientos por haber cometido una infidelidad a Cunegunda; y el señor abate tomo parte en su sentimiento, porque le habia cabido una muy pequena en los diez mil duros perdidos por Candido al juego, y en el valor de los dos brillantes, medio-dados y medio-estafados: y era su animo aprovecharse todo quanto pudiese de lo que el trato de Candido le podia valer. Hablabale sin cesar de Cunegunda, y Candido le dixo que quando la viera en Venecia, le pediria perdon de la infidelidad que acababa de cometer.

Cada dia estaba el abate mas cortes y mas atento, interesandole todo quanto decia Candido, todo quanto hacia, y quanto queria hacer. ¿Con que esta vm. aplazado por la baronesita para Venecia? le dixo. Si, señor abate, respondio Candido, tengo precision de ir alla a buscar a Cunegunda. Llevado entonces del gusto de hablar de su amada, le conto, como era su costumbre, parte de sus aventuras con esta ilus-

tre Vesfaliana. Bien creo, dixo el abate, que esa señorita tiene mucho talento, y escribe muy bonitas cartas. Nunca me ha escrito, dixo Candido, porque se ha de figurar vm. que quando me echaron de la granja por amor de ella, no le pude escribir; que poco despues supe que era muerta, que despues me la encontré, y la volví a perder, y que le he despachado un mensajero a dos mil y quinientas leguas de aqui, que aguardo con su respuesta.

Escuchole con mucha atencion el abate, se paro algo pensativo, y se despido luego de ambos extranjeros, abrazandolos tiernamente. Al otro dia, antes de levantarse de la cama, dieron a Candido la esquila siguiente: “Muy Señor mio, y mi querido amante: ocho dias hace que estoy mala en esta ciudad, y acabo de saber que se encuentra vm. en ella. Hubiera ido volando a echarme en sus brazos, si me pudiera menear. He sabido que habia vm. pasado por Burdeos, donde se ha quedado el fiel Cacambo y la vieja, que llegaran muy en breve. El gobernador de Buenos-Ayres se ha quedado con todo quanto Cacambo llevaba; pero el corazon de vm. me queda. Venga vm. a verme; su presencia me dara la vida, o hara que me muera de alegría.”

Una carta tan tierna, y tan poco esperada, puso a Candido en una imponderable alegría, pero la enfermedad de su amada Cunegunda le traspasaba de dolor. Fluctuante entre estos dos afectos, agarra a punados el oro y los diamantes, y hace que le lleven con Martin a la posada donde estaba Cunegunda alojada: entra temblando con la ternura, latiendo el corazon, y él habla interrumpida con sollozos; quiere descorrer las coitinas de la cama, y manda que traygan luz. No haga vm. tal, le dixo la criada, la luz le hace mal; y volvió a correr la cortina. Amada Cunegunda, dixo llorando Candido: ¿como te hallas? No puede hablar, dixo la criada. Entonces la enferma saco fuera de la cama una mano muy suave que bano Candido un largo rato con lagrimas, y que lleno luego de diamantes, desando un saco de oro encima del taburete.

En medio de sus arrebatos se aparece un alguacil acompañado del abate y de seis corchetes. ¿Con que estos son, dixo, los dos extranjeros sospechosos? y mando incontinenti que los ataran y los llevaran a la carcel. No tratan de esta manera en el Dorado a los forasteros, dixo Candido. Mas maniqueo soy que nunca, replico Martin. Pero, señor, ¿adonde nos lleva vm.? dixo Candido. A un calabozo, respondió el alguacil.

Martin, que se habia recobrado del primer sobresalto, sospecho que la senora que se decia Cunegunda era una buscona, el señor abate un tunante que habia abusado del candor de Candido, y el alguacil otro tuno de quien no era difícil desprenderse. Por no exponerse a tener que lidiar con la justicia, y con el hipo que tenia de ver a la verdadera Cunegunda, Candido, por consejo de Martin, ofrecio al

alguacil tres diamantillos de tres mil duros cada uno. Ha, señor, le dixo el hombre de vara de justicia, aunque hubiera vm. cometido todos los delitos imaginables, seria el mas hombre de bien de este mundo. ¡Tres diamantes de tres mil duros cada uno! La vida perderia yo por vm., para lue le lleve a un calabozo. Todos los extrangeros son arrestados, pero dexelo por mi cuenta, que yo tengo mi hermano en Diepe en la Normandia, y le llevare alla; y si tiene vm. algunos diamantes que darle, le tratara como yo propio. ¿Y porque arrestan a todos los extrangeros? dixo Candido. El abate tomando entonces el hilo, respondió: Porque un miserable andrajoso del pais de Atrebacia [Footnote: Artois. Daiuieu, el que hirio a Luis XV, era natural de Arras, capital del Artois.], que habia oido decir disparates, ha cometido un parricidio, no como el del mes de Mayo de 1610, [Footnote: Francisco Kavaiillac mato a Henrique IV de una punalada en Mayo de 1610.] sino como el del mes de Diciembre de 1594, [Footnote: Juan Clialel, en Diciembre de 1594, hirio a Henrique quarto; pero la herida no fue de peligro.] y como otros muchos cometidos otros anos y otros meses por andrajosos que habian oido decir disparates.

Entonces explico el alguacil lo que habia apuntado el abate. ¡Que monstruos! exclamo Candido. ¿Como se cometen tamanas atrocidades en un pueblo que canta y bayla? ¿Quando saldre yo de este pais donde azuzan ximios a tigres? En mi pais he visto osos; solo en el Dorado he visto hombres. En nombre de Dios, señor alguacil, lleveme vm. a Venecia, donde aguardo a mi Cunegunda. Donde yo puedo llevar a vm., es a la Normandia baxa, dixo el cabo de ronda. Hizole luego quitar los grillos, dixo que se habia equivocado, despidio a sus corchetes, y se llevo a Candido y Martin a Diepe, entregandolos a su hermano. Habia un buque holandes pequeno al ancla; y el Normando, que con el cebo de otros tres diamantes era el mas servicial de los mortales, embarco a Candido y a su familia en el tal navio que iba a dar a la vela para Portsmua en Inglaterra. No era camino para Venecia; pero Candido creyo que salia del infierno, y estaba resuelto a dirigirse a Venecia luego que se le presentase ocasion.

Capítulo XXIII

Del arribo de Candido y Martin a la costa de Inglaterra, y de lo que alli vieron.

¡Ay Panglos amigo! ¡ay amigo Martin! ¡ay amada Cunegunda! ¡lo que es este mundo! decia Candido en el navio holandes. Cosa muy desatinada y muy abominable, respondió Martin.—Vm. ha estado en Inglaterra: ¿son tan locos como en

Francia?—Es locura de otra especie, dixo Martin; ya sabe vm. que ambas naciones estan en guerra por algunas aranzadas de nieve en el Canada, y por tan discreta guerra gastan mucho mas que lo que todo el Canada vale. Decir a vm. a punto fixo en qual de los dos paises hay mas locos de atar, mis cortas luces no alcanzan a tanto; lo que si se, es que en el pais que vamos a ver son locos atrabiliosos.

Diciendo esto aportaron a Portsmua: la orilla del mar estaba cubierta de gente que miraba con atencion a un hombre gordo [El almirante Byng], hincado de rodillas, y vendados los ojos, en el combes de uno de los navios de la esquadra. Quatro soldados formados en frente le tiraron cada uno tres balas a la mollera con el mayor sosiego, y toda la asamblea se fue muy satisfecha. ¿Que quiere decir esto? dixo Candido: ¿que perverso demonio reyna en todas partes? Pregunto quien era aquel hombre gordo que acababan de matar con tanta solemnidad. Un almirante, le dixerón.—¿Y porque han muerto a ese almirante?—Porque no ha hecho matar bastante gente; ha dado una batalla a un almirante frances, y hemos fallado que no estaba bastante cerca del enemigo. Pues el almirante frances tan lejos estaba del ingles como este del frances, replico Candido. Sin disputa, le dixerón; pero en esta tierra es conveniente matar de quando en quando algun almirante para dar mas animo a los otros.

Tanto se irritó y se pasmo Candido con lo que oía y lo que vía, que no quiso siquiera poner pie en tierra, y se ajustó con el patron holandés, a riesgo de que le robara como el de Surinam, para que le condujera sin mas tardanza a Venecia. A cabo de dos dias estuvo listo el patron. Costearon la Francia, pasaron a vista de Lisboa, y se estremeció Candido; desembocaron por el estrecho en el Mediterraneo, y finalmente aportaron a Venecia. Bendito sea Dios, dixo Candido dando un abrazo a Martin, que aqui vere a la hermosa Cunegunda. Con Cacambo cuento lo mismo que conmigo propio. Todo esta bien, todo va bien y lo mejor que es posible.

Capítulo XXIV

Que trata de fray Hilarion y de Paquita.

Luego que llego a Venecia, se echo a buscar a Cacambo en todas las posadas, en todos los cafes, y en casa de todas las mozas de vida alegre; pero no le fue posible dar con el. Todos los dias iba a informarse de todos los navios y barcos, y nadie sabia de Cacambo. ¡Con que he tenido yo lugar, le decia a Martin, para pasar de

Surinam a Burdeos, para ir de Burdeos a Paris, de Paris a Diepe, de Diepe a Portsmua, para costear a Portugal y a Espana, para atravesar todo el Mediterraneo, y pasar algunos meses en Venecia, y aun no ha llegado la hermosa Cunegunda, y en su lugar he topado una buscona y un abate! Sin duda es muerta Cunegunda, y a mi no me queda mas remedio que morir. ¡Ha, quanto mas hubiera valido quedarme en aquel paraíso terrenal del Dorado, que volver a esta maldita Europa! Razon tiene vm., amado Martin; todo es mera ilusion y calamidad.

Acometiole una negra melancolia, y no fue ni a la opera a la moda, ni a las demas diversiones del carnaval, ni hubo dama que le causara la mas leve tentacion. Dixole Martin: ¡Que sencillo es vm., si se figura que un criado mestizo, que lleva un millon de duros en la faltriquera, ira a buscar a su amada al fin del mundo, y a traersela a Venecia; la guardara para si, si la encuentra, y si no, tomara otra: consejo a vm. que se olvide de Cacambo y de su Cunegunda. Martin no era hombre que daba consuelos. Crecia la melancolia de Candido, y Martin no se hartaba de probarle que eran muy raras la virtud y la felicidad sobre la tierra, excepto acaso en el Dorado, donde ninguno podia entrar.

Sobre esta importante materia disputaban, mientras venia Cunegunda, quando reparo Candido en un frayle Francisco mozo, que se paseaba por la plaza de San Marcos, llevando del brazo a una moza. El Franciscano era robusto, fuerte, y de buenos colores, los ojos brillantes, la cabeza erguida, el continente reposado, y el paso sereno; la moza, que era muy linda, iba cantando, y miraba con enamorados ojos a su diaguino, el qual de quando en quando le pasaba la mano por la cara. Me confesara vm. a lo menos, dixo Candido a Martin, que estos dos son dichosos. Menos en el Dorado, no he encontrado hasta ahora en el mundo habitable mas que desventurados; pero apuesto a que esa moza y ese frayle son felicisimas criaturas. Yo apuesto a que no, dixo Martin. Convidemoslos a comer, dixo Candido, y veremos si me equivoco.

Acercose a ellos, hizoles una reverencia, y los convido a su posada a comer macarrones, perdices de Lombardia, huevos de sollo, y a teber vino de Montepulciano y lacrima-cristi, Chipre y Samos. Sonrojose la mozuela; admitio el Franciscano el convite, y le siguió la muchacha mirando a Candido pasmada y confusa, y vertiendo algunas lagrimas. Apenas entro la mozuela en el aposento de Candido, le dixo: ¿Pues que, ya no conoce el señor Candido a Paquita? Candido que oyo estas palabras, y que hasta entonces no la habia mirado con atencion, porque solo en Cunegunda pensaba, le dixo: ¡Ha, pobre chica! ¿con que tu eres la que puso al doctor Panglos en el lindo estado en que le vi? ¡Ay, señor! yo propia soy, dixo Paquita; ya veo que esta vm. informado de todo. Supe las desgracias horribles que sucedieron a la senora baronesa y a la hermosa Cunegunda, y jurole a vm. que no ha sido menos adversa mi estrella. Quando vm. me vio era yo una inocente; y

un capuchino, que era mi confesor, me engano con mucha facilidad: las resultas fueron horribles, y me vi precisada a salir de la quinta, poco despues que le echo a vm. el señor baron a patadas en el trasero. Si no hubiera tenido lastima de mi un, medico famoso, me hubiera muerto; por agradecersele, fui un poco de tiempo la querida del tal medico: y su muger, que estaba endiablada de zelos, me aporreaba sin misericordia todos los dias. Era ella una furia, el mas feo el de los hombres, y yo la mas sin ventura de las mugeres, aporreada sin cesar por un hombre a quien no podia ver. Bien sabe vm., señor, los peligros que corre una muger vinagre que lo es de un medico: aburrido el mio de los rompimientos de cabeza de su muger, un dia para curarla de un resfriado le administro un remedio tan eficaz, que en menos de dos horas se murio en horrendas convulsiones. Los parientes de la difunta formaron causa criminal al doctor, el qual se escapo, y a mi me metieron en la carcel; y si no hubiera sido algo bonita, DO me hubiera sacado a salvamento mi inocencia. El juez me declaro libre, con la condicion de ser el sucesor del medico; y muy en breve me sustituyo otra, y fui despedida sin darme un quarto, y forzada a emprender este abominable oficio, que a vosotros los hombres os parece tan gustoso, y que para nosotras es un pielago de desventuras. Vineme a exercitar mi profesion a Venecia. Ha, señor, si se figurara vm. que cosa tan inaguantable es halagar sin diferencia al negociante viejo, al letrado, al frayle, al gondole-ro, y al abate; estar expuesta a tanto insulto, a tantos malos tratamientos; verse a cada paso obligada a pedir prestado un guardapesillo para que se le remangue a una un hombre asqueroso; robada por este de lo que ha ganado con aquel, estafada por los alguaciles, y sin tener otra perspectiva que una horrible vejez, un hospital y un muladar, confesaria que soy la mas malbadada criatura de este mundo. Asi descubria Paquita su corazon al buen Candido, en su gabinete, a presencia de Martin, el qual dixo: Ya llevo ganada, como vm. ve, la mitad de la apuesta.

Habiase quedado fray Hilarion en la sala de comer, bebiendo un trago mientras servian la comida. Candido le dixo a Paquita: Pues si parecias tan alegre y tan contenta quando te encuentre; si cantabas y halagabas al diaguino con tanta naturalidad, que te tuve por tan feliz como dices que eres desdichada. Ha, señor, respondió Paquita, esa es otra de las lacras de nuestro oficio. Ayer me robo y me aporreo un oficial, y hoy tengo que fingir que estoy alegre para agradar a un frayle.

No quiso Candido oir mas, y confeso que Martin tenia razon. Sentaronse luego a la mesa con Paquita y el frayle Francisco; fue bastante alegre la comida, y de sobremesa hablaron con alguna confianza. Dixole Candido al frayle: Pareceme, padre, que disfruta Vuestra Reverencia de una suerte envidiable. En su semblante brilla la salud y la robustez, su fisonomia indica el bien-estar, tiene una muy linda moza para su recreo, y me parece muy satisfecho con su habito de diaguino. Por Dios santo, caballero, respondió fray Hilarion, que quisiera que todos los Franciscanos estuvieran en el quinto infierno, y que mil veces me han dado tenta-

ciones de pegar fuego al convento, y de hacerme Turco. Quando tenia quince años, mis padres, por dexar mas caudal a un maldito hermano mayor (condenado el sea), me obligaron a tomar este execrable habito. El convento es un nido de zelos, de rencillas y de desesperacion. Verdad es que por algunas malas misiones de quaresma que he predicado, me han dado algunos quartos, que la mitad me ha robado el guardian: lo restante me sirve para mantener mozas; pero quando por la noche entro en mi celda, me dan impulsos de romperme la cabeza contra las paredes, y lo mismo sucede a todos los demas religiosos.

Volviendose entonces Martin a Candido con su acostumbrado relente, le dixo: ¿Que tal? ¿he ganado, o no, la apuesta? Candido regalo dos mil duros a Paquita, y mil a fray Hilarion. Yo fio, dixo, que con este dinero seran felices.

Pues yo fio lo contrario, dixo Martin, que con esos miles los hara vm. mas infelices todavia. Sea lo que fuere, dixo Candido, un consuelo tengo, y es que a veces encuentra uno gentes que creia no encontrar nunca; y muy bien, podra suceder que despues de haber topado a mi carnero encarnado y a Paquita, me halle un dia de manos a boca con Cunegunda. Mucho deseo, dixo Martin, que sea para la mayor felicidad de vm.; pero se me hace muy cuesta arriba. Malas creederas tiene vm., respondió Candido. Consiste en que he vivido mucho, replico Martin. ¿Pues no ve vm. esos gondoleros, dixo Candido, que no cesan de cantar? Pero no los ve vm. en su casa con sus mugeres y sus chiquillos, repuso Martin. Sus pesadumbres tiene el Dux, y los gondoleros las tuyas. Verdad es que pesandolo todo, mas feliz suerte que la del Dux es la del gondolero; pero es tan poca la diferencia, que no merece la pena de un detenido examen. Me han hablado, dixo Candido, del senador Pococurante, que vive en ese suntuoso palacio situado sobre el Brenta, y que agasaja mucho a los forasteros; y dicen que es un hombre que nunca ha sabido que cosa sea tener pesadumbre. Mucho diera por ver un ente tan raro, dixo Martin. Sin mas dilacion mando Candido a pedir licencia al señor Pococurante para hacerle una visita el dia siguiente.

Capítulo XXV

Que da cuenta de la visita que hicieron Martin y Candido al señor Pococurante, noble veneciano.

Emarcaronse Candido y Martin en una gondola, y fueron por el Brenta al palacio del noble Pococurante. Los jardines eran amenos y ornados con hermosas estatuas

de marmol, el palacio de magnífica fabrica, y el dueño un hombre como de sesenta años, y muy rico. Recibió a los dos curiosos forasteros con mucha urbanidad, pero sin mucho cumplimiento; cosa que intimidó a Candido, y no le pareció mal a Martin.

Al instante dos muchachas bonitas y muy aseadas sirvieron el chocolate: Candido no pudo menos de elogiar sus gracias y su hermosura. No son malas chicas, dixo el senador; algunas veces mando que duerman conmigo, porque estoy aburrido de las señoras del pueblo, de su retrecheria, sus zelos, sus contiendas, su mal genio, sus nimiedades, su vanidad, sus tonterias, y mas aun de los sonetos que tiene uno que hacer o mandar hacer en elogio suyo: mas con todo ya empiezan a fastidiarme estas muchachas.

Después de almorzar, se fueron a pasear a una espaciosa galeria, y pasmado Candido de la hermosura de las pinturas, pregunto de que maestro eran las dos primeras. Son de Rafael, dixo el senador, y las compre muy caras por vanidad, algunos años ha; dicen que son la cosa mas hermosa que tiene Italia, pero a mi no me gustan: los colores son muy denegridos, las figuras no estan bien perfiladas, ni salen lo bastante del plano; los ropages no se parecen en nada a la ropa de vestir; y en una palabra, digan lo que quisieren, yo no alcanzo a ver aqui una feliz imitacion de la naturaleza, y no dare mi aprobacion a un quadro hasta que me retrate la propia naturaleza; pero no los hay de esta especie. Yo tengo muchos, pero no miro a uno siquiera.

Pococurante, antes de comer, mando que le dieran un concierto: la musica le pareció deliciosa a Candido. Bien puede este estruendo, dixo Pococurante, divertir cosa de media hora; pero quando dura mas, a todo el mundo cansa, puesto que nadie se atreve a confesarlo. La musica del dia no es otra cosa que el arte de executar cosas dificultosas, y lo que no es mas que dificil no gusta mucho tiempo. Mas me agradaria la opera, si no hubieran atinado con el arte de convertirla en un monstruo que me repugna. Vaya quien quisiere a ver malas tragedias en musica, cuyas escenas no paran en mas que en traer al estricote dos o tres ridiculas coplas donde lucen los gorgeos de una cantarina; saboreese otro en oír a un tiple tararear el papel de Cesar o Caton, y pasearse en afeminados pasos por las tablas: yo por mi, muchos años hace que no veo semejantes majaderias de que tanto se ufana hoy la Italia, y que tan caras pagan los soberanos extrangeros. Candido contradixo un poco, pero con prudencia; y Martin fue en todo del dictamen del senador.

Sentaronse a la mesa, y después de una opipara comida entraron en la biblioteca. Candido que vio un Homero magníficamente enquadernado, alabo mucho el fino gusto de Su Ilustrisima. Este es el libro, dixo, que era las delicias de Panglos, el mejor filosofo de Alemania. Pues no es las mias, dixo con mucha frialdad

Pococurante: en otro tiempo me habian hecho creer que tenia mucho gusto en leerle; pero la repeticion no interrumpida de batallas que todas son parecidas, aquellos Dioses siempre en accion, y que nunca hacen cosa ninguna decisiva; aquella Helena, causa de la guerra, y que apenas tiene accion en el poema; aquella Troya siempre sitiada, y nunca tomada: todo esto me causaba un fastidio mortal. Algunas veces he preguntado a varios hombres doctos si los aburría esta lectura tanto como a mi; y todos los que hablaban sinceramente me han confesado que se les caía el libro de las manos, pero que era indispensable tenerle en su biblioteca, como un monumento de la antigüedad, o como una medalla enmohecida que no es ya materia de comercio.

No piensa así Vueselencia de Virgilio, dixo Candido. Convengo, dixo Pococurante, en que el segundo, el quarto y el sexto libro de su Eneyda son excelentes; mas por lo que hace a su pio Eneas, al fuerte Cloanto, al amigo Acates, al niño Ascanio, al tonto del rey Latino, a la zafia Amata, y a la insulsa Lavinia, creo que no hay cosa mas fria ni mas desagradable: y mas me gusta el Taso, y las novelas para arrullar criaturas del Ariosto.

¿Me hara Su Excelencia el gusto de decirme, repuso Candido, si no le tiene muy grande en la lectura de Horacio? Maximas hay en el, dixo Pococurante, que pueden ser utiles a un hombre de mundo, y que reducidas a energicos versos se graban con facilidad en la memoria; pero no me curo ni de su viage a Brindis, ni de su descripcion de una mala comida, ni de la disputa digna de unos mozos de esquina entre no se que Rupilo, cuyas razones, dice, estaban llenas de podre, y las de su contrincante llenas de vinagre. Sus groseros versos contra viejas y hechiceras los he leído con mucho asco; y no veo que merito tiene decir a su amigo Mecenas, que si le pone en el catalogo de poetas liricos, tocara a los astros con su erguida frente. A los tontos todo los maravilla en un autor apreciado; pero yo, que leo para mi solo, no apruebo mas que lo que me da gusto. Candido, que se habia criado no juzgando de nada por si propio, estaba muy atonito con todo quanto oia; y a Martin le parecia el modo de pensar de Pococurante muy conforme a razon.

¡Ha! aqui hay un Ciceron, dixo Candido: sin duda no se cansa Vueselencia de leerle. Nunca le leo, respondió el Veneciano. ¿Que tengo yo con que haya defendido a Rabirio o a Cluencio? Sobrados pleytos tengo sin esos que fallar. Mas me hubieran agradado sus obras filosoficas; pero quando he visto que de todo dudaba, he inferido que lo mismo sabia yo que el, y que para ser ignorante a nadie necesitaba.

¡Hola! ochenta tomos de la academia de ciencias; algo bueno podra haber en ellos, exclamo Martin. Si que lo habria, dixo Pococurante, si uno de los autores de ese farrago hubiese inventado siquiera el arte de hacer alfileres; pero en todos esos

libros no se hallan mas que sistemas vanos, y ninguna cosa util.

¡Quantas composiciones teatrales estoy viendo, dixo Candido, en italiano, en castellano y en frances! Asi es verdad, dixo el senador; de tres mil pasan, y no hay treinta buenas. Lo que es esas recopilaciones de sermones que todos juntos no equivalen a una pagina de Seneca, y todos esos librotos de teologia, ya se presumen vms. que no los abro nunca, ni yo ni nadie.

Reparo Martin en unos estantes cargados de libros ingleses. Bien creo, dixo, que un republicano se recrea con la mayor parte de estas obras con tanta libertad escritas. Si, respondió Pococurante, bella cosa es escribir lo que se siente; que es la prerogativa del hombre. En nuestra Italia toda solo se escribe lo que no se siente, y no son osados los moradores de la patria de los Cesares y los Antoninos a concebir una idea sin la venia de un Dominico. Mucho me contentaria la libertad que a los ingenios ingleses inspira, si no estragaran la pasion y el espiritu de partido quantas dotes apreciables aquella tiene.

Reparando Candido en un Milton, le pregunto si tenia por un hombre sublime a este autor. ¿A quien? dixo Pococurante: ¿a ese barbaro que en diez libros de duros versos ha hecho un prolixo comento del Genesis? ¿a ese zafio imitador de los Griegos, que desfigura la creacion, y mientras que pinta Moises al eterno Ser criando el mundo por su palabra, hace que coja el Mesias en un armario del cielo un inmenso compas para trazar su obra? ¡Yo, estimar a quien ha echado a perder el infierno y el diablo del Taso; a quien disfraza a Lucifer, unas veces de sapo, otras de pigmeo, le hace repetir cien veces las mismas razones, y disputar sobre teologia; a quien imitando seriamente la comica invencion de las armas de fuego del Ariosto, representa a los diablos tirando canonazos en el cielo! Ni yo, ni nadie en Italia ha podido gustar de todas esas tristes extravagancias. Las bodas del Pecado y la Muerte, y las culebras que pare el Pecado provocan a vomitar a todo hombre de gusto algo delicado; y su prolixa descripcion de un hospital solo para un enterrador es buena. Este poema obscuro, estrambotico y repugnante, fue despreciado en su cuna, y yo le trato hoy como le trataron en su patria sus coetaneos. Por lo demas, yo digo mi dictamen sin curarme de si los demas piensan como yo. Candido estaba muy afligido con estas razones, porque respetaba a Homero, y no le desagradaba Milton. ¡Ay! dixo en voz baxa a Martin, mucho me temo que profese este hombre un profundo desprecio a nuestros poetas tudescos. Poco inconveniente seria, replico Martin. ¡O que hombre tan superior, decia entre dientes Candido, que ingenio tan divino este Pococurante! ninguna cosa le agrada.

Hecho el escrutinio de todos los libros, baxaron al jardin, y Candido alabo mucho todas sus preciosidades. No hay una cosa de peor gusto, dixo Pococurante, aqui no tenemos otra cosa que fruslerias; bien es que manana voy a disponer que me

planten otro por un estilo mas noble.

Despidieronse en fin ambos curiosos de Su Excelencia, y al volverse a su casa dixo Candido a Martin: Confiese vm. que el señor Pococurante es el mas feliz de los humanos, porque es un hombre superior a todo quanto tiene.

¿Pues no considera vm., dixo Martin, que esta aburrido de quanto tiene? Mucho tiempo ha que dixo Platon que no son los mejores estomagos los que vomitan todos los alimentos. ¿Pero no es un gusto, respondio Candido, criticarlo todo, y hallar defectos donde los demas solo perfecciones encuentran? Eso es lo mismo, replico Martin, que decir que es mucho gusto no tener gustos. Segun eso, dixo Candido, no hay otro hombre feliz que yo, quando vuelva a ver a mi Cunegunda. Buena cosa es la esperanza, respondio Martin.

Corrian en tanto los dias y las semanas, y Cacambo no parecia, y estaba Candido tan sumido en su pesadumbre, que ni siquiera noto que no habian venido a darle las gracias fray Hilarion ni Paquita.

Capítulo XXVI

Que da cuenta de como Candido y Martin cenaron con unos extranjeros, y quien eran estos.

Un dia, yendo Candido y Martin a sentarse a la mesa con los forasteros alojados en su misma posada, se acerco por detras al primero uno que tenia una cara de color de hollin de chimenca, el qual, agarrandole del brazo, le dixo: Dispongase vm. a venirse con nosotros, y no se descuide. Vuelve Candido el rostro, conoce a Cacambo; solo la vista de Cunegunda le hubiera podido causar mas extraneza y mas contento. Poco le faltó para volverse loco de alegria; y dando mil abrazos a su caro amigo, le dixo: ¿Con que sin duda esta contigo Cunegunda? ¿donde esta? llevame a verla, y a morir de gozo a sus plantas. Cunegunda no esta aqui, dixo Cacambo, que esta en Constantinopla.—¡Dios mio, en Constantinopla! pero aunque estuviera en la China, voy alla volando: vamos. Despues de cenar nos iremos, respondio Cacambo: no puedo decir a vm. mas, que soy esclavo, y me esta esperando mi amo, y asi es menester que le vaya a servir a la mesa: no diga vm. una palabra; cene, y este aparejado.

Preocupado Candido de jubilo y sentimiento, gozoso por haber vuelto a ver a su

fiel agente, atonito de verle esclavo, rebosando en la alegría de encontrar a su amada, palpítandole el pecho, y vacilante su razón, se sentó a la mesa con Martín, el qual sin inmutarse contemplaba todas estas aventuras, y con otros seis extranjeros que habían venido a pasar el carnaval a Venecia.

Cacambo, que era el copero de uno de los extranjeros, arrimándose a su amo al fin de la comida, le dixo al oído: Señor, Vuestra Magestad puede irse quando quisiere, que el buque esta pronto; y se fue dichas estas palabras. Atonitos los convidados se miraban sin chistar, quando llegándose otro sirviente a su amo, le dixo: Señor, el coche de Vuestra Magestad esta en Padua, y el barco listo. El amo hizo una sena, y se fue el criado. Otra vez se miraron a la cara los convidados, y creció el asombro. Arrimándose luego el tercer criado a otro extranjero, le dixo: Señor, creame Vuestra Magestad, que no se debe detener mas aqui; yo voy a disponerlo todo, y desapareció.

Entonces no dudaron Cándido ni Martín de que era mogiganga de carnaval. El quarto criado dixo al quarto amo: Vuestra Magestad se podrá ir quando quiera, y se salió lo mismo que los demás. Otro tanto dixo el criado quinto al quinto amo; pero el sexto se explicó de muy diferente modo con el sexto forastero, que estaba al lado de Cándido, y le dixo: A fe, Señor, que nadie quiere fiar un ochavo a Vuestra Magestad, ni a mi tampoco, y que esta misma noche pudiera ser muy bien que nos metieran en la cárcel, y así voy a ponerme en salvo: quedese con Dios Vuestra Magestad.

Habiéndose marchado todos los criados, se quedaron en alto silencio Cándido, Martín y los seis forasteros. Rompió al fin Cándido, diciendo: Cierto, señores, que es donosa la burla; ¿porque son todos vms. reyes? Yo por mi declaro que ni el señor Martín ni yo lo somos. Respondiendo entonces con mucha dignidad el amo de Cacambo, dixo en italiano: Yo no soy un bufon; mi nombre es Acmet III; he sido gran Sultán por espacio de muchos años; había destronado a mi hermano, y mi sobrino me ha destronado a mi; a mis visires les han cortado la cabeza, y yo acabo mis días en el serrallo viejo. Mi sobrino el gran Sultán Mahamud me da licencia para viajar de quando en quando para restablecer mi salud; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Después de Acmet habló un mancebo que junto a él estaba, y dixo: Yo me llamo Ivan, he sido emperador de toda la Rusia, y destronado en la cuna. Mi padre y mi madre fueron encarcelados, y a mi me criaron en una cárcel. Algunas veces me dan licencia para viajar en compañía de mis alcaydes; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dixo luego el tercero: Yo soy Carlos Eduardo, rey de Inglaterra, habiendome cedido mi padre sus derechos a la corona. He peleado por sustentarlos; a ochocientos partidarios míos les han arrancado el corazón, y les han sacudido con él en la cara: a mí me han tenido preso, y ahora voy a ver al Rey mi padre a Roma, el qual ha sido destronado así como mi abuelo, y así como yo; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Hablo entonces el cuarto, y dixo: Yo soy rey de los Polacos; la suerte de la guerra me ha privado de mis estados hereditarios; los mismos contratiempos ha sufrido mi padre: me resigno a los decretos de la Providencia, como hacen el sultan Acmet, el emperador Ivan, y el rey Carlos Eduardo, que Dios guarde dilatados años; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Dixo despues el quinto: Tambien yo soy rey de los Polacos, y dos veces he perdido mi reyno; pero la Providencia me ha dado otro estado, en el qual he hecho mas bienes que quantos han podido hacer en las riberas del Vistula todos los reyes de la Sarmacia juntos: tambien me resigno a los juicios de la Providencia; y he venido a pasar el carnaval a Venecia.

Hablo por ultimo el sexto monarca, y dixo: Caballeros, yo no soy tan gran señor como vms., mas al cabo rey he sido como el mas pintado: mi nombre es Teodoro; fui electo rey en Corcega, me daban magestad, y ahora apenas se dignan de decirme su merced: he hecho acunar moneda, y no tengo un maravedi; tenia dos secretarios de estado, y apenas me queda un lacayo; me he visto en un trono, y he estado mucho tiempo en Londres en una carcel acostado sobre paja; y me rezelo que me suceda aqui lo mismo, puesto que he venido, como Vuestras Magestades, a pasar el carnaval a Venecia.

Escucharon con magnanima compasion los otros cinco monarcas este razonamiento, y dio cada uno veinte zequies al rey Teodoro para que comprase vestidos y ropa blanca. Candido le regalo un brillante de dos mil zequies. ¿Quien es este particular, dixeron los cinco reyes, que puede hacer una dadiva cien veces mas quantiosa que qualquiera de nosotros, y que efectivamente la hace?

Al levantarse de la mesa, llegaron a la misma posada quatro Altezas Serenisimas que tambien habian perdido sus estados por los acasos de la guerra, y venian a pasar lo restante del carnaval a Venecia; pero ne se informo siquiera Candido de las aventuras de los recién-venidos, no pensando en mas que en ir a buscar a su amada Cunegunda a Constantinopla.

Capítulo XXVII

Del viage de Candido a Constantinopla.

Ya el fiel Cacambo habia concertado con el capitán turco que habia de llevar a Constantinopla al sultán Acmet, que tomara a bordo a Candido y a Martín; y ambos se embarcaron, habiéndose postrado primero ante su miserable Alteza. Candido en el camino decia a Martín: ¡Con que hemos cenado con seis reyes destronados, y de los seis a uno he tenido que darle una limosna! Acaso hay otros muchos príncipes más desgraciados. Yo a la verdad no he perdido más que cien carneros, y voy a descansar de mis fatigas en brazos de Cunegunda. Razon tenía Panglos, amado Martín, todo esta bien. Sea enhorabuena, dixo Martín. Increíble aventura es empero, continuo Candido, la que en Venecia nos ha sucedido; porque nunca se ha visto ni oído cosa tal como cenar juntos en la misma posada seis monarcas destronados. No es eso cosa más extraordinaria, replicó Martín, que otras muchas que nos han sucedido. Con mucha frecuencia sucede que un rey sea destronado; y por lo que respeta a la honra que hemos tenido de cenar con ellos, eso es una friolera que ni siquiera mentarse merece.

Apenas estaba Candido en el navio, se arrojó en brazos de su criado antiguo y su amigo Cacambo. ¿Y pues, le dixo, que hace Cunegunda? ¿es todavía un portento de beldad? ¿me quiere aun? ¿como esta? Sin duda que le has comprado un palacio en Constantinopla. Señor mi amo, le respondió Cacambo, Cunegunda esta fregando platos a orillas de la Propontis, en casa de un príncipe que tiene poquisimos platos, porque es esclava de un soberano antiguo llamado Ragotski, a quien da el gran Turco tres duros diarios en su asilo; y lo peor es que ha perdido su hermosura, y que esta horrorosa de puro fea. ¡Ay! fea o hermosa, dixo Candido, yo soy hombre de bien, y mi obligación es quererla siempre. ¿Pero como se puede encontrar en tan miserable estado con el millón de duros que tu le llevaste? Bueno esta eso, respondió Cacambo: ¿pues no tuve que dar doscientos mil al señor Don Fernando de Ibarra, Figueroa, Mascarenas, Lampurdan y Souza, gobernador de Buenos-Ayres, para alcanzar su licencia de traerme a Cunegunda? ¿y no nos ha robado un pirata todo quanto nos habia quedado? ¿No nos ha conducido dicho pirata al cabo de Matapan, a Milo, a Nicaria, a Samos, a Petri, a los Dardanelos, a Marmara y a Escutari? Cunegunda y la vieja estan sirviendo al príncipe que llevo dicho, y yo soy esclavo del sultán destronado. ¡Quanta espantosa calamidad encadenada una con otra! dixo Candido. Al cabo aun me quedan algunos diamantes, y con facilidad rescataré a Cunegunda. ¡Que lastima es que este tan fea! Volviéndose luego a Martín, le dixo: ¿Quién piensa v. m. que es más digno de compasión, el emperador Acmet, el emperador Ivan, el rey Carlos Eduardo, o yo? No lo se, dixo Martín, y menester fuera hallarme dentro del pecho de v. m. para saber-

lo. Ha, dixo Candido, si estuviera aqui Panglos, el lo sabia, y nos lo diria. Yo no poseo, respondió Martin, la balanza con que pesaba ese señor Panglos las miserias, y valuaba las cuitas humanas; pero si presumo que hay en la tierra millones de hombres mas dignos de lastima que el rey Carlos Eduardo, el emperador Ivan, y el sultan Acmet. Bien puede ser, dixo Candido.

A pocos dias llegaron al canal del mar Negro. Candido rescato a precio muy subido a Cacambo, y sin perder un instante se metio con sus companeros en una galera para ir a orillas de la Propontis en demanda de Cunegunda, por mas fea que estuviese.

Habia entre la chusma dos galeotes que remaban muy mal, y a quien el arraez levantisco aplicaba de quando en quando sendos latigazos en las espaldas con el rebenque. Por un movimiento natural los miro Candido con mas atencion que a los demas forzados, arrimandose a ellos con lastima; y en algunas facciones de sus desfigurados rostros le parecio que se daban un poco de ayre a Panglos, y al otro desventurado jesuita, al baron, hermano de Cunegunda. Enternecido y movido a compasion con esta idea, los contemplo con mayor atencion, y dixo a Cacambo: Por mi vida, que si no hubiera visto ahorcar a maese Panglos, y no hubiera tenido la desgracia de matar al baron, creeria que son esos que van remando en la galera.

Oyendo los nombres del baron y de Panglos, dieron un agudo grito ambos galeotes, se pararon en el banco, y dexaron caer los remos. Al punto se tiro a ellos el arraez, menudeando los latigazos con el rebenque. Detengase, detengase, Señor, clamó Candido, que le dare el dinero que me pidiere. ¿Con que es Candido? decia uno de los forzados. ¿Con que es Candido? repetia el otro. ¿Es sueño? decia Candido; ¿estoy en esta galera? ¿estoy despierto? ¿Es el señor baron a quien yo mate? ¿es maese Panglos a quien vi ahorcar? Nosotros somos, nosotros somos, respondian a la par. ¿Con que este es aquel insigne filosofo? decia Martin. Ha, señor arraez levantisco, ¿quanto quiere por el rescate del señor baron de Tunder-tronck, uno de los primeros barones del imperio, y del señor Panglos, el metafisico mas profundo de Alemania?

Perro cristiano, respondió el arraez, una vez que esos dos perros de galeotes cristianos son barones y metafisicos, lo qual es sin duda un, cargo muy alto en su pais, me has de dar por ellos cincuenta mil zequies.—Yo se los dare, señor; lleveme de un vuelo a Constantinopla, y al punto sera satisfecho; pero no, lleveme a casa de Cunegunda. El arraez, así que oyo la oferta de Candido, puso la proa a la ciudad, y hacia que remaran con mas ligereza que un paxaro sesga el ayre.

Dio Candido cien abrazos a Panglos y al baron.—¿Pues como no he muerto a vm.,

mi amado baron? ¿y vm., mi amado Panglos, como esta vivo habiendole ahorcado? ¿y porque estan ambos en galeras en Turquía? ¿Es cierto que este mi querida hermana en esta tierra? dixo el baron. Si, Senor, respondió Cacambo. Al fin vuelvo a ver a mi caro Candido, exclamaba Panglos. Candido les presentaba a Martin y a Cacambo: todos se abrazaban, todos hablaban a la par; bogaba la galera, y estaban ya dentro del puerto. Llamaron a un Judio a quien vendio Candido por cincuenta mil zequies un diamante que valia cien mil, y el Judio le juro por Abraham, que no podia dar un ochavo mas. Incontinenti satisfizo el rescate del baron y Panglos: este se arrojó a las plantas de su libertador, banandolas en lagrimas; aquel le dio las gracias baxando la cabeza, y le prometio pagarle su dinero asi que tuviese con que. ¿Pero es posible, decia, que este en Turquía mi hermana? Tan posible, replico Cacambo, que esta fregando platos en casa de un principe de Transilvania. Llamaron, al punto a otros Judios, vendio Candido otros diamantes, y se partieron todos en otra galera para ir a librar a Cunegunda.

Capítulo XXVIII

Que trata de los sucesos que pasaron con Candido, Cunegunda, Panglos y Martin.

Mil perdones pido a vm., dixo Candido al baron, mil perdones, padre reverendísimo, de haberle pasado el cuerpo de una estocada. No tratemos mas de eso, dixo el baron, yo confieso que me excedi un poco. Pero una vez que desea vm. saber como me he visto en galeras, le contare que despues que me hubo sanado de mi herida el hermano boticario del colegio, me acometio y me hizo prisionero una partida espanola, y me pusieron en la carcel de Buenos-Ayres, quando acababa mi hermana de embarcarse para Europa. Pedi que me enviaran a Roma al padre general, y me nombraron para ir a Constantinopla de capellan de la embaxada de Francia. Habia apenas ocho dias que estaba desempenando las obligaciones de mi empleo, quando encuentre una noche a un icoglan muy muchacho y muy lindo; y como hacia mucho calor, quiso el mozo banarse, y yo tambien me meti con el en el bano, no sabiendo que era delito capital en un cristiano que le hallaran desnudo con un mancebo musulman. Un cadí me mando dar cien palos en la planta de los pies, y me condeno a galeras; y pienso que jamas se ha cometido injusticia mas horrorosa. Ahora querria saber porque se halla mi hermana de fregona de un principe de Transilvania refugiado en Turquía.

¿Y vm., mi amado Panglos, como es posible que le este viendo? Verdad es, dixo Panglos, que me viste ahorcar; iban a quemarme, pero ya te acuerdas que llovía a

chaparrones quando me habian de echar a la hoguera, y que no fue posible encender el fuego; asi que me ahorcaron, sin exemplar, no pudiendo mas: y un cirujano que compro mi cuerpo, me llevo a su casa, y me diseco. Primero me hizo una incision crucial desde el ombligo hasta la clavícula. Yo estaba tan mal ahorcado, que no podia ser mas: el executor de las sentencias de la santa inquisicion, que era subdiacono, es verdad que quemaba las personas con la mayor habilidad, pero no entendia cosa en materia de ahorcar: la sogá que estaba mojada apreto poco, en fin todavia estaba vivo. La incision crucial me hizo dar un grito tan desaforado, que atemorizado el cirujano se cayo de espaldas; y creyendo que estaba disecando a Lucifer se escapo muerto de miedo, y se volvio a caer de la escalera abaxo. Al estrepito acudio su muger de un quarto inmediato; y viendome tendido en la mesa con la incision crucial, se asusto mas que su marido, se escapo, y se cayo encima de el. Quando volvieron algo en si, oi que decia la cirujana al cirujano: ¿Quien te metio en disecar a un herege? ¿acaso no sabes que todos ellos tienen metido el diablo en el cuerpo? me voy corriendo a llamar a un clérigo que le exorcize. Asustado con estas palabras recogí las pocas fuerzas que me quedaban, y me puse a gritar: Tengan lastima de mi. Al fin cobro animo el barbero portugues, me dio unos quantos puntos en la incision, su muger me cuidó, y a cabo de quince dias estaba ya bueno. El barbero me acomodo de lacayo de un caballero de Malta que iba a Venecia; pero no teniendo mi amo con que mantenerme, me puse a servir a un mercader veneciano, y le acompaño a Constantinopla.

Ocurriome un dia la idea de entrar en una mezquita, donde no habia mas que un iman viejo y una santurróna moza muy bonita, que rezaba sus padre-nuestros: tenia descubiertos los pechos, y entre las dos tetas un ramillete muy hermoso de tulipas, rosas, anemonas, ranunculos, jacintos y aurículas. Cayosele el ramillete, y yo le cogí, y se le puse con tanta cortesia como respeto. Tanto tardaba en ponerse, que se enfadó el iman; y advirtiéndome que era cristiano, llamo gente. Llevaronme a casa del cadí, que me mando dar cien varazos en los pies y me envío a galeras, amarrandome justamente a la misma galera y al mismo banco que el señor barón. En ella habia quatro mozos de Marsella, cinco clérigos napolitanos, y dos frailes de Corfu, que nos aseguraron que casi todos los dias sucedian aventuras como las nuestras. Sustentaba el señor barón que le habian hecho mas injusticia que a mi; y yo defendia que mucho mas permitido era volver a poner un ramillete al pecho de una moza, que hallarse en cueros con un icoglan: disputabamos continuamente, y nos sacudian cien latigazos al dia con la penca, quando te conduxo a nuestra galera la cadena de los sucesos de este universo, y nos rescataste. ¿Y pues, amado Panglos, le dixo Candido, quando se vio vm. ahorcado, disecado, molido a palos, y remando en galeras, pensaba que todo iba perfectamente? Siempre me estoy en mis trece, respondió Panglos; que al fin soy filosofo, y un filosofo no se ha de desdecir, porque no se puede enganar Leibnitz, aparte que la armonia preestablecida, es la cosa mas linda del mundo, no menos que el lleno

y la materia sutil.

Capítulo XXIX

De como topo Candido con Cunegunda y con la vieja.

Mientras se daban cuenta de sus aventuras Candido, el baron, Panglos, Martin y Cacambo; mientras que discurrían acerca de los sucesos contingentes o no contingentes de este mundo, que disputaban sobre los efectos y las causas, sobre el mal moral y el mal físico, sobre la libertad y la necesidad, sobre los consuelos que puede recibir quien está en galeras en Turquía, aportaron a las playas de la Propontis, junto a la morada del príncipe de Transilvania. Lo primero que se les presentó fue Cunegunda y la vieja que estaban tendiendo unas servilletas para que se enxugasen en unas tomizas. Al ver esta escena, se puso amarillo el baron; y el tierno y enamorado Candido contemplando a Cunegunda toda prieta, los ojos laganosos, enxutos los pechos, la cara arrugada, y los brazos amoratados, se hizo tres pasos atrás, y se adelantó luego por buena crianza. Abrazó Cunegunda a Candido y a su hermano, todos abrazaron a la vieja, y Candido las rescato a entrambas.

Había un cortijillo en las inmediaciones, y propuso la vieja a Candido que le comprase, interin hallaba toda la compañía mejor acomodado. Cunegunda que no sabía que estaba fea, no habiendoselo dicho nadie, acordó sus promesas a Candido en tono tan resuelto, que no se atrevió el pobre a replicar. Declaró pues al baron que se iba a casar con su hermana; pero este dixo: Nunca consentire yo en semejante vileza de su parte, y tan osadía de la tuya, ni nunca no podrán echar en cara tal ignominia. ¿Con que los hijos de mi hermana no podrán entrar en los cabildos de Alemania? No, mi hermana no se ha de casar, como no sea con un baron del imperio. Cunegunda se postro a sus plantas, y las bano en llanto, pero fue en balde. ¡Fatuo, sin seso, le dixo Candido, te he librado de galeras, he pagado tu rescate, y el de tu hermana que estaba fregando platos, y que es fea; soy tan bueno que quiero que sea mi muger, y todavía quieres tu estorbarmelo! Si me dexara llevar de la ira, te matara segunda vez. Otras ciento me puedes matar, respondió el baron, pero no te has de casar con mi hermana mientras yo viva.

Capítulo XXX

Donde se da fin a la historia.

En lo interior de su corazón no tenía Cándido ganas ningunas de casarse con Cunegunda; pero la mucha insolencia del barón le determinó a acelerar las bodas, sin contar que la baronesita le apretaba tanto, que no las podía dilatar más. Consultó pues a Panglos, a Martín y al fiel Cacambo. Panglos compuso una erudita memoria, probando que no tenía el barón derecho ninguno en su hermana, y que según todas las leyes del imperio podía Cunegunda casarse con Cándido, dándole la mano izquierda; Martín fue de parecer de que tiraran con el barón al mar; y Cacambo de que se le entregaran al arreez levantisco, el qual le volvería a poner a remar a la galera, interin le enviaban al padre general por la primera embarcación que diese a la vela para Roma. Pareció bien esta idea: aprobóla la vieja; y sin decir palabra a Cunegunda, se puso en ejecución mediante algún dinero: teniendo así la satisfacción de jugar pieza a un jesuita, y escarmentar la vanidad de un barón alemán.

Cosa natural era pensar que después de tantas desgracias Cándido casado con su amada, viviendo en compañía del filósofo Panglos, del filósofo Martín, del prudente Cacambo y de la vieja, y habiendo traído tantos diamantes de la patria de los antiguos Incas, disfrutaría la vida más feliz; pero tanto le estafaron los Judíos, que no le quedaron más bienes que su pobre cortijo. Su mujer, que cada día era más fea, se hizo de una condición de vinagre inaguantable; y la vieja cayó enferma, y era más reganona, todavía que Cunegunda. Cacambo que cavaba el huerto y llevaba a vender la hortaliza a Constantinopla, estaba rendido de faena, y maldecía su suerte. Panglos se desesperaba, porque no lucía su saber en alguna universidad de Alemania: solo Martín, firmemente convencido de que en todas partes el hombre se encuentra mal, llevaba las cosas en paciencia. Algunas veces disputaban Cándido, Martín y Panglos sobre metafísica y moral. Por las ventanas del cortijo soían pasar con mucha frecuencia barcos cargados de efendis, baxaes y cadies, que iban desterrados a Lemnos, Mitylene y Erzerum; y llegar otros cadies, otros baxaes y otros efendis, que ocupaban el lugar de los depuestos, y que lo eran ellos luego; y se vían cabezas rellenas con mucho aseo de paja, que se llevaban de regalo a la Sublime Puerta. Estas escenas daban materia a nuevas disertaciones; y quando no disputaban se aburrían tanto, que la vieja se aventuro a decirles un día: Quisiera yo saber que es peor, ¿ser violada cien veces al día por piratas negros, verse cortar una nalga, pasar baquetas entre los Bulgaros, ser azotado y ahorcado en un auto de fe, ser disecado, remar en galeras, finalmente padecer todas quantas desventuras hemos pasado, o estar aquí sin hacer nada? Ardua es la question, dixo Cándido.

Suscito este razonamiento nuevas reflexiones; y coligio Martin que el destino del hombre era vivir en las convulsiones de las angustias, o en el parasismo del fastidio. Candido no se lo concedia, pero no afirmaba nada: Panglos confesaba que toda su vida habia sido una serie de horrorosos infortunios; pero como una vez habia sustentado que todo estaba perfecto, seguia sustentandolo sin creerlo. Lo que acabo de cimentar los detestables principios de Martin, de hacer titubear mas que nunca a Candido, y de poner en confusion a Panglos, fue que un dia vieron llegar a su cortijo a Paquita y fray Hilarion en la mas horrenda miseria. En breve tiempo se habian comido los tres mil duros, se habian dexado y vueltose a juntar, y vuelto a renir, habian sido puestos en la carcel, se habian escapado, y finalmente fray Hilarion se habia hecho Turco. Paquita seguia ejercitando su oficio, pero ya no ganaba con el para comer. Bien habia yo pronosticado, dixo Martin a Candido, que en breve disiparian las dadivas de vm., y serian mas miserables: vm. y Cacambo han rebosado en millones de pesos, y no son mas afortunados que fray Hilarion y Paquita. ¡Ha, dixo Panglos a Paquita, con que te ha traído el cielo con nosotros! ¿Sabes, pobre muchacha, que me tienes de costa la punta de la nariz, un ojo y una oreja? ¡Que mudada que estas! ¡valgame Dios, lo que es este mundo! Esta nueva aventura les dio margen a que filosofaran mas que nunca.

En la vecindad vivia un derviche que gozaba la reputacion del mejor filosofo de Turquía.

Fueren a consultarle; hablo Panglos por los demas, y le dixo: Maestro, venimos a rogarte que nos digas para que fue formado un animal tan extrano como el hombre ¿Quien te mete en eso? le dixo el derviche: ¿te importa para algo? Pero, reverendo padre, horribles males hay en la tierra. ¿Que hace al caso que haya bienes o que haya males? quando envia Su Alteza un navio a Egipto, se informa de si se hallan bien o mal los ratones que van en el ¿Pues que se ha de hacer? dixo Panglos. Que te calles, respondió el derviche. Yo esperaba, dixo Panglos, discurrir con vos acerca de las causas y los efectos, del mejor de los mundos posibles, del origen del mal, de la naturaleza del alma, y de la harmonia preestablecida. En respuesta les dio el derviche con la puerta en los hocicos.

Mientras que estaban en esta conversacion, se esparcio la voz de que acababan de ahorcar en Constantinopla a dos visires del banco y al mufti, y de empalar a varios de sus amigos; catastrophe que metio mucha bulla por espacia de algunas horas. Al volverse Panglos, Candido y Martin a su cortijo, `encontraron a un buen anciano que estaba tomando el fresco a la puerta de su casa, baxo un emparrado de naranjos. Panglos, que no era menos curioso que argumentista, le pregunto como se llamaba el mufti que acababan de ahorcar. No lo se, respondió el buen hombre, ni nunca he sabido el nombre de mufti ni de visir ninguno. Ignoro absolutamente la

aventura de que me hablais; presumo, si, que generalmente los que manejan los negocios publicos perecen a veces miserablemente, y que bien se lo merecen; pero jamas me informo de los sucesos de Constantinopla, contentandome con enviara vender alla las frutas del huerto que labro. Dicho esto, convido a los extranjeros a entrar en su casa; y sus dos hijas y dos hijos les presentaron muchas especies de sorbetes que ellos propios fabricaban, kaimak guarnecido de cascara de azamboa confitadas, naranjas, limones, limas, pinas, alfonsigos, y cafe de Moka, que no estaba mezclado con los malos cafes de Batavia y las islas de America; y luego las dos hijas del buen musulman sahumaron las barbas de Candido, Panglos y Martin. Sin duda que teneis, dixo Candido al Turco, una vasta y magnifica posesion. Nada mas que veinte fanegadas de tierra, respondió el Turco, que labro con mis hijos: y el trabajo nos libra de tres insufribles calamidades, el aburrimiento, el vicio, y la necesidad.

Mientras se volvía Candido a su cortijo, iba haciendo profundas reflexiones en las razones del Turco, y le dixo a Panglos y a Martin: Se me figura que se ha sabido este buen viejo labrar una suerte muy mas feliz que la de los seis monarcas con quien tuvimos la honra de cenar en Venecia. Las grandezas, dixo Panglos, son muy peligrosas, segun opinan todos los filosofos. Eglon, rey de los Moabita, fue asesinado por Aod; Absalon colgado de los cabellos y atravesado con tres saetas; el rey Nadab, hijo de Jeroboan, muerto por Baza; el rey Ela por Zambri; Ocosias por Jehu; Atalia por Joyada; y los reyes Joaquin, Jeconias y Sedecias fueron esclavos. Sabido es de que modo murieron Creso, Astyages, Dario, Dionisio de Syracuse, Pyrro, Perseo, Hanibal, Jugurta, Ariovisto, Cesar, Pompeyo, Neron, Oton, Vitelio, Domiciano, Ricardo II de Inglaterra, Eduardo II, Henrique VI, Ricardo III, Maria Estuardo, Carlos I, los tres Henriques de Francia, el emperador Heririque IV, el rey godo Don Rodrigo, Don Alvaro de Luna; y nadie ignora... Tampoco ignoro yo, dixo Cundido, que es menester cultivar nuestra huerta. Razon tienes, dixo Panglos; porque quando fue colocado el hombre en el paraiso de Eden, fue para labrarle, ut operaretur eum, lo qual prueba que no nacio para el sosiego. Trabajemos pues sin argumentar, dixo Martin, que es el medio unico de que sea la ida tolerable.

Toda la compania aprobo tan loable determinacion; empezo cada uno a exercitar su habilidad, y el cortijillo rindio mucho. Verdad es que Cunegunda era muy fea, pero hacia excelentes pasteles; Paquita bordaba, y la vieja cuidaba de la ropa blanca. Hasta fray Hilarion sirvio, que aprendio con perfeccion el oficio de carpintero, y paro en ser muy hombre de bien. Panglos deeia algunas veces a Candido. Todos los sucesos estan encadenados en el mejor de los mundos posibles; porque si no te hubieran echado a patadas en el trasero de una magnifica quinta por amor de Cunegunda, si no te hubieran metido en la inquisicion, si no hubieras andado a pie por las soledades de la America, si no hubieras pegado una birenada estocada al

baron, y si no hubieras perdido todos tus carneros del buen pais del Dorado, no estarias aqui ahora comiendo azamboas en dulce, y alfonsigos. Bien dice vm., respondio Candido; pero es menester labrar nuestra huerta.